

BOLETIN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE QUITO

DIRECTOR: C. de Gangotena y Jijón

Nueva Serie

Número 2

Enero y Febrero de 1926

APUNTACIONES HISTORICAS sobre la Literatura Ecuatoriana

La áspera rugosidad de la gran Cordillera de los Andes, se ensoberbece al atravesar por el Ecuador; pero al deformarse, se bifurca, se disgrega, se disloca; levanta penachos de humo, con el Cotopaxi y el Sangay, — nombres misteriosos que conservan viejos idiomas de gentes desconocidas, que pasaron por estas tierras en lejanos tiempos—; moldea y plasma de manera inimitable altísimos conos de nieve, que se ofrecen a los cielos en holocausto de purificación, como el Chimborazo, el Altar y el Cayambe, y divide la tierra en tres zonas, que ofrecen el extraño encanto de la variedad y de la diversidad: la costa bañada por el Océano Pacífico rumoroso, ancho camino de pretéritas inmigraciones y de las refinadas culturas de mañana; la faja audina, verde cinturón de praderas, en que el clima es blando

y la brisa es tibia, y la región del Oriente, que como todo Oriente, conserva el secreto del misterio y de la leyenda. País de montañas es el Ecuador; pero también de llanuras en que la mies verdeguea, alegre, fresca y perfumada; país del calor tropical, y de los grandes nevados y de los valles de clima igual, que hacía pensar a los antiguos en la primavera eterna; país de la fertilidad y la abundancia, que no ha agujoneado al labrador ni ha perurgido—por desgracia—al industrial. Fácil la labor, la perpetua inquietud humana ha tomado otra senda: la actividad ha sido política y guerrera. Hizo la guerra antes de la conquista; se dividió en bandos lugareños en la Colonia; se fué a los campos de la revuelta en la República. El andar ha sido fatigoso y lento; el progreso que necesita de tanta calma ha adelantado con los vaivenes del ave que vuela en contra de la corriente huracanada. Pero en todo tiempo, una savia poderosa brotó por fuera de la corteza basta y se convirtió en florecimientos.

El territorio que conquistaron los aventureros españoles estaba regido por un monarca nacido en estas tierras: hijo de una princesa quiteña y de un emperador inca, devolvió la guerra de invasión con rara pujanza y las huestes quiteñas entraron al viejo imperio, en venganza de la no muy lejana derrota. ¿Cuál hubiera sido la suerte del imperio de los incas una vez derrotado Huáscar y posesionado Atahualpa del inmenso territorio del *Tahuantinsuyo*? Un pueblo en formación era el de los incas, que adquiriría rápidamente una magnífica civilización y aun cuando eran los adelantos europeos infinitamente superiores, el método que podrían llamarse de organización social, tenía el vigor de las adquisiciones originales.

Con el vencimiento de Huáscar la cabeza del imperio iba, sin duda alguna, a pasar a Quito; pero al término de la jornada, el indio vencedor se encontró en Cajamarca con el puñado de españoles audaces, los que en increíble aventura se proponían nada menos que sojuzgar el vasto imperio, y, que ¡oh prodigio! lo consiguieron. ¿Cuántos fueron los españoles que llegaron a Cajamarca, apresaron al inca y pusieron en espantada huida al numeroso ejército indio? Ciento cincuenta, dice Estete, «los noventa de

caballo y los demás de pie ballesteros y arcabuceros y con espadas y rodelas», el viernes quince de noviembre de 1532 Atahualpa mandó amontonar oro por si podía calmarse la sed de riqueza de los españoles y con ello no hizo sino apresurar su muerte: después de irrisorio juzgamiento, los españoles le condenaron y le hicieron morir, antes de que llegaran otros aventureros que vinieran a disputarles el botín y el precio del rescate. Y así fué como terminó la remota leyenda de los indios de Quito, para dar comienzo a la historia.

Antes de ladearse los indios les vemos pasar en multitud abigarrada y desconcertante: son los señores de los valles, los guerreros de la sierra, los pastores de las punas y de los páramos. Audaces guerreros, la leyenda tiene luminosidades de sangre; esforzados constructores, levantaron edificios y monumentos que permanecen firmes hasta hoy; los alfareros, como los artistas griegos, modelaron el barro para hacer áforas como cuerpos de mujer y vasos en que las tintas se diluían caprichosas y delicadas; los sacerdotes tenían el hieratismo suutuario usado en las grandes religiones; coros de vírgenes cantaban al sol y oraban a la luna. Y el emperador, sacerdote, legislador, mandatario y juez, regía sabiamente a los pueblos, y tan sabiamente que su sistema de gobierno es un modelo para imitarse ahora.

Los hechos que ya llevaban cumplidos se perdieron en las fauces devoradoras del tiempo, porque no conocieron la escritura que fija los acontecimientos y da valor a las ideas.— No llegaron a conocer la escritura, porque fueron detenidos en la mitad de la carrera, en la mitad de la vida de pueblo que esforzadamente iba creando una nueva y grandiosa civilización. Apenas nos queda la arcilla que manejaron sus artífices, la música de tono menor, confidencial y plañidera, que parece conservar la pureza de los tiempos idos, decir las palabras ingenuas y traducir los idilios murmurados en los páramos fríos, entre las dengosas *llamas* y los despetalados *pumamaquis*. Nos quedan estrofas populares, en que canta el indio su poesía ingenua, risueña y hasta burlona; se conserva la elegía que la leyenda dice que compuso un cacique de Tumbaco cuando

la muerte de Atahualpa: el bardo tiene la voz aterrada del que se hunde en medio de la catástrofe. Y nos queda el indio, raza fuerte, raza de bronce, que ha resistido a la larga dominación despótica en la que se le perseguía con una furia insensata y torpe, porque en todo tiempo fué el único elemento de trabajo, tanto bajo el reinado de los incas, como después. El indio que, muertas las cabezas directivas, disgregado el imperio, fué sólo un instrumento sumiso, debió ser cultivado con esmero, para que no escaseara el brazo trabajador que hace posible la blandura del sueño del patrón. Hoy, el indio, pasa en ensimismamiento humilde, como una nota de color en la fragosidad de la sierra; se calcina bajo el sol del trópico en los menesteres más duros, en medio del constante frío de las punas a donde le lleva el pastoreo ajeno, entona en el *rondador* aires melancólicos que no se sabe si son supervivencia del alma o simple imitación de la naturaleza. Lo que se sabe y se puede decir es que en esta raza humillada y vencida se encuentra, seguramente, el germen de transformación social: en la descendencia bastante anquilosada del conquistador, el indio será un injerto que enriquezca la sangre; y el mismo indio, apto para todo, al transformarse socialmente, dará, como ha dado ya, magníficos frutos. (1)

(1) Los versos atribuidos al cacique de Tumbaco han sido publicados por el Sr. Juan León Mera en su *Ojeada Histórico-Crítica* y son los que se copian enseguida. Pero antes hay que recordar que cualquier manifestación literaria en lengua quichua, no puede ser considerada dentro de nuestra literatura, porque el quichua fué el idioma impuesto por los incas y generalizado por los curas y frailes españoles de la conquista, a tal punto que las varias lenguas autóctonas han desaparecido casi por completo, pues que apenas quedan huellas toponímicas:

ATAHUALPA HUAÑUI

Rucu cuscungu
Jatum pacaipi
Huañui huacaihuan
Huacacurcami;
Uрпи huahuapas
Jauac yurapi
Llaqui llaquilla
Huacacurcami.

TRADUCCION

En un corpulento guabo
Un viejo cárabo está
Con el lloro de los muertos
Plorando en la soledad;
Y la tierna tortolilla,
En otro árbol mas allá,
Lamentando tristemente
Le acompaña en su pesar.

SIGLO XVI

Nada puede escribirse de las manifestaciones literarias anteriores a la conquista, porque nada quedaron. Con los españoles penetraba al Nuevo Mundo la civilización occidental; vieja civilización acumulada por los siglos y depurada por los infortunios. Cuando el descubrimiento de América, el mundo había entrado en una nueva época, marcada por una serie de acontecimientos fundamentales; sin embargo y a pesar del siglo de oro de la literatura castellana, España no era la fiel guardadora de lo que la civilización había conquistado hasta entonces: largas guerras mantenidas por siete siglos para arrojar de la Penín-

Puyu puyulla
Uiracuchami,
Curita nishpa
Jundarircami,
Inca yayata
Japicuchishpa,
Siripayashpa
Huafñuchircami.
Puma shunguhuan,
Atud maquihuan,
Llamata shina
Tucuchircami
Runduc urmashpa,
Illapantashpa,
Inti yaiscushpa
Tutayarcami
Amauta cuna
Mancharicushpa
Causac runahuan
Pamparircami.
Imashinata
Mana llaquisha
Ñuca llactapi
Shucta ricushpa.
Turi cunalla
Tandanacushun,
Yahuar pampani
Huacanaacushun.
Inca yayalla,
Janac pachapi
Ñuca llaquilla
Ricuogui yari.
Caíta yuyashpa
Mana huafñuni,
Shuogu Hugshishpa
Causaricuui.

«Como nieblas vi los blancos
En muchedumbre llegar,
Y oro y más oro queriendo
Se aumentaban más y más
Al venerado padre inca,
Con una astucia falaz.
Cojiéronle, y ya rendido
Le dleron muerte fatal,
¡Corazón de león cruel,
Manos de lobo voraz,
Como a indefenso cordero
Le acabásteis sin piedad!
Reventaba el trueno entonces,
Granizo caía asaz,
Y el sol entrando en ocaso,
Reinaba la oscuridad.
Al mirar los sacerdotes
Tan espantosa maldad,
Con los hombres que aún vivían
Se enterraron de pesar.
¿Y por qué no he de sentir?
¿Y por qué no he de de horrorar
Si solamente extranjeros
En mi tierra habitan ya?
¡Ay! venid, hermanos míos,
Juntemos nuestro pesar,
Y en ese llano de sangre
Lloremos nuestra orfandad,
Y vos inca, padre mío,
Que en el alto mundo habitáis,
Estas lágrimas de duelo
No olvidéis allá jamás.
¡Ay! no muero recordando
Tan funesta adversidad!
¡Y vivo, cuando desgarrar
Mi corazón el pesar!

sula a los moros, hacían que se construyera muy reciente y con grandes dificultades la unidad del pueblo ibérico: la homogeneidad de gobierno, la paz, la tradición de cultura, no habían llegado al pueblo, no se habían infiltrado en las masas, no la habían refinado, no obstante el cúmulo de hombres ilustres que no se causó de producir la raza de esa nación. El pueblo permaneció basto, y así basto, sobrio, altanero y valiente, pasó a América, conquistó imperios, destruyó con criminal inconsciencia los restos de la civilización indígena y llenó de sangre y desolación estas comarcas. Leyes, leyes sabias venían de España, pero los *encomenderos*, los dueños de estas tierras, jamás las hicieron caso y antes se rebelaron contra ellas. Muchos de los principales conquistadores no supieron leer ni escribir y esta ignorancia ejemplar perduró como una virtud en los *chapetones* hasta muy entrado el tiempo de la República. Pocos fueron los conquistadores, como el Licenciado Du. Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de Bogotá, quien después de haber conquistado el imperio de los Zipas, escribía un compendio historial de ese acontecimiento y entretenía los ocios en redactar sermones, para hacerlos predicar a los curas que le siguieron en la expedición, curas de ese tiempo que tenían la persuasión fanática de la fe, pero muy pocas letras y ninguna ciencia.

Repartido el tesoro de Cajamarca, la mayor parte de los españoles, los principales de entre ellos, se encaminaron al Cuzco, vieja capital del imperio incaico. El oro del Cuzco no dejaba ver, con razón, la riqueza que podía encontrarse en otra parte. Con todo el renombre de la ciudad de Quito llegó hasta Guatemala, en donde se consumía de cansancio, en el ocio, el Adelantado don Pedro de Alvarado, quien decidió venir a Quito, en busca de oro y aventuras, terminada ya la conquista de México y de las provincias adyacentes.

Sebastián de Benalcázar estaba de Gobernador de San Miguel, cuando se esparció la noticia de la expedición de Alvarado, y en guarda de los intereses de su Jefe o más bien, en propio interés, decidió dejar San Miguel y conquistar el reino de Quito. Benalcázar salió de San

Miguel a fines del año 1533 y a los pocos meses entraba en Quito, después de haber vencido a las huestes de Rumiñahui, el capitán quiteño, extraño, enigmático y duro.

A poco de llegado Benalcázar, venía también al reino de Quito el viejo Almagro, compañero de Pizarro; venía a defender el reino contra las pretensiones de Alvarado. En Riobamba estaban los dos conquistadores del Perú cuando asomaron por la comarca de Mocha los soldados de la expedición de Guatemala, los que después de un rudo caminar de meses por la montaña, llegaban, por fin a la cordillera.

Para tomar posesión de la tierra, Almagro y Pizarro fundaron aceleradamente en una llanura cercana a Colta y al campamento en que estaban, la ciudad de Santiago de Quito, el 15 de agosto de 1534. Ganada la expedición de Alvarado por la sagacidad de Almagro, se trasladó la fundación de la ciudad al punto en donde había estado la población indígena, el 28 de agosto del propio año, y, en honor a Pizarro, se le cambió el nombre de Santiago con el de San Francisco.

Con Benalcázar vino a Quito Fray Marcos de Niza, religioso franciscano, tras de quien ha quedado un problema de historia literaria, curioso y lleno de misterio. Consta que el P. Niza estuvo en Riobamba en 1534 y hay fundamentos para creer que regresó con Alvarado a Centro América, después de haber recorrido el territorio del antiguo reino de Quito, durante los pocos y agitados meses de la conquista; sin embargo de ello el historiador Velasco, en las postrimerías del siglo XVIII invocaba el nombre del P. Niza y obras de éste, por nadie más conocidas hasta hoy, para la creación de los Shyris preincaicos. Según el historiador Velasco, Niza escribió *Ritos y Ceremonias de los indios y Las dos líneas de los incas y de los shyris, señores del Cuzco y del Quito*. Se sabe sí que Niza fué persona instruída y que tomó con caridad evangélica la defensa de los indios; pero nadie, fuera de Velasco, ha podido ver las obras que nuestro historiador le atribuía. ¿Las escribió en efecto? ¿Se pudo salvar un solo ejemplar por más de dos siglos para que lo consultara el P. Velasco? Éste es un problema,

como hemos dicho, de difícil solución y que ha dado ya margen a innumerables comentarios de escritores ecuatorianos y extranjeros que se ocuparon en escribir acerca de historia.

Además del P. Niza se sabe que vinieron con Benalcázar otros religiosos y que todos fueron estableciéndose en la ciudad recién fundada y colocando las cimientos de los innumerables conventos e iglesias que iban a levantarse luego. En el panorama de la pintoresca ciudad de Quito, en el que las casas se esconden en la diversidad de pliegues que forman las varias quiebras que la atraviesan, sólo las torres y las cúpulas emergen en inacabable repetición; en el silencio de ciudad poco comercial y activa, únicamente las campanas de las iglesias se voltean continuamente en los aires; pero lo mismo que la iglesia es en el paisaje, las comunidades religiosas son en la historia: a ellas debe la ciudad los primeros y únicos adelantos culturales; todas se empeñaron en fundar escuelas rudimentarias, pero escuelas al cabo, y los franciscanos trajeron la semilla del trigo, como mensaje de la vieja civilización europea. Los jesuítas, llegados pocos años después de la conquista, se adueñaron desde el primer momento de la enseñanza y para imponer con razón esta preponderancia, fueron los únicos que a fines del siglo XVI, dictaban en Quito clases de filosofía, acontecimiento que reunía a la juventud de todo el reino y del de Nueva Granada en las aulas abiertas para el efecto; y según cuenta el P. Velasco las demás instituciones religiosas de dominicos, franciscanos, agustinos y mercedarios, enviaron también a los jóvenes frailes para que aprendieran de los jesuítas y aprovecharan de esta enseñanza.

Los documentos de la época nos dicen que ni los mandatarios ni las personas de viso ponían gran empeño en las cuestiones de instrucción. Era la época, seca y dura, en la que ante los ojos de los conquistadores heroicos, sedientos de oro y de sangre, no se abría otro horizonte que no fuera el de la aventura imponderable. ¿Qué importaban las letras si el más poderoso señor de estas tierras, don Francisco Pizarro, no sabía leer ni escribir, como no supo Almagro y como no supieron entonces ni después



muchos de esos gerifaltes que radiaban en esplendor y que apasionaban a las multitudes que acudían apresuradas desde la vieja España al maravilloso y Nuevo Mundo? Sometidos los indios se pusieron los españoles primero en la tarea de buscar el oro que creían escondido en todas partes; cuando el oro no apareció, a pesar de los inauditos tormentos a que los indios fueron sometidos, se fundaron las grandes encomiendas servidas por los vencidos, y el conquistador tenía bastante trabajo con la explotación de los esclavos, para que pensara en el cultivo del entendimiento; para las cosas del espíritu eran suficientes las misas y los sermones que obligadamente se oían los domingos y en los días de vagar y de descanso.

Pero sobre todo, era la ilusión de la aventura la que predominaba entonces; y tanto que el Marqués de los Atavillos, amortiguada apenas la discordia sobrevenida entre los conquistadores, con la muerte de su viejo amigo y antiguo compañero Almagro, no encontró cosa mejor para ofrecer a Gonzalo, el hermano predilecto, que la Gobernación del Reino de Quito, de los territorios de Pasto y Popayán y de lo más que se descubriese al oriente de estas regiones, porque habían llegado noticias de que El Dorado, constante sueño de los aventureros por mucho tiempo, se hallaba situado en esa extensión no explorada todavía; y por eso el Marqués mandaba a Gonzalo para que en esa conquista se cubriera de gloria, de fama y de riquezas.

La expedición fué sumamente desgraciada. Después de meses de experimentar la más grande fatiga, al recorrer las montañas impenetrables y medrcsas sin encontrar el país fabuloso que buscaba, Gonzalo Pizarro volvió a Quito, abandonado de Orellana, quien descubría el Amazonas, el cinturón de agua más extenso que ciñe a la América meridional. Pizarro y sus compañeros regresaron a Quito hambrientos y desnudos, y apenas repuesto Gonzalo de sus quebrantos se enteró de los graves acontecimientos que habían sobrevenido en el Perú: los almagristas habían dado muerte al Marqués don Francisco, desapareciendo así, en medio de la discordia, en menos de dos lustros, los principales guerreros que tomaron parte en la maravillosa aventura.

Gonzalo Pizarro no podía quedarse tranquilo y aunque por entonces se sometió a la nueva autoridad que encontró establecida, no esperaba sino la ocasión, porque para ello contaba con su reconocido valor, con la simpatía general de que gozaba y con el convencimiento de que estas tierras le pertenecían por derecho propio, pues que habían sido conquistadas por sus hermanos y por él; y así la tercera guerra civil del Perú como la llamó a la guerra de Quito, el cronista de las cosas Indias, Pedro Cieza de León, fué irremediable. El inflexible Virrey Blasco Núñez de Vela, pagó con la vida en las llanuras de Iñaquito, su imprudente irritabilidad,

Cieza de León y Gutiérrez de Santa Clara estuvieron en tales emergencias y escribieron ambos la historia de esa guerra fantástica y arremolinada, que concluyó con la muerte del apuesto y caballeroso Pizarro. Cieza de León recorrió todo el reino y se informó menudamente de las tradiciones que quedaban del tiempo anterior a la venida de los españoles. Cieza de León no es un escritor ecuatoriano; pero no puede dejársele de considerar dentro de la historia literaria, en la que forzosamente tiene que ser consultado como fuente principal de investigación y como una de las bases para la reconstrucción histórica de la vida de estos pueblos.

Con motivo de las guerras de Quito, dice José de la Riva Agüero, en el magnífico trabajo que hizo acerca de la Correspondencia de la Audiencia de Lima, que un canónigo de Quito, apellidado Coronel, compuso en defensa de Gonzalo Pizarro un libro titulado *Dè bello justo*. ¿Quién fué este escritor que asoma en los albores de la vida colonial?. Nada sabemos; pero desde este momento se puede decir que está marcado el destino de nuestro pueblo, cuya vida va a hacerse en medio de las enconadas pasiones que se desencadenarán sin solución de continuidad, porque los hombres civiles todos se dedicarán a combatirse unos con otros, no encontrando más enemigo para pelear, y los religiosos tomarán también partido en la discordia. Cuando los religiosos se vean compelidos a no tomar parte en las guerras civiles, se harán la guerra filosófica, teo-

logal; convertirán cada convento en una fortaleza y cada advocación en un partido.

Consecuencia natural de esta vida agitada, sin ideales fijos, era el descuido de las industrias y de la agricultura. Las fuerzas vitales del Gobierno de Quito estaban circunscritas en las ciudades diseminadas a lo largo de la costa y entre las oquedades de la sierra; pero a causa de la comunicación tardía y difícil, no podían tener lugar los intercambios y los productos no servían sino para la escasa población que mantenían las ciudades y los contados pueblos fundados por los encomenderos, los cuales se contentaban con explotar a los indios que tenían que trabajar las inmensas y poco productivas propiedades.

Las guerras, las pocas facilidades para los desarrollos industriales, las erupciones de los volcanes, los temblores de tierra y las pestes, hicieron del Gobierno de Quito una colonia pobre y sin brillo. Hacia esta parte no refluían los inmigrantes que iban a otras de América. Quito pudo enviar mandatarios a lejanas gobernaciones, pero los contados hombres de provecho que de fuera llegaron, se estuvieron a regañadientes y se marcharon tan pronto como les fué posible. Ya anotaremos el paso de la gente de alguna consideración por este territorio. Cervantes que quiso venir al Perú nunca hubiera pensado encaminarse hacia Quito y cuando en el *Canto a Caliope* recordó a los tantos poetas que andaban por América, ni uno solo encontró en esta Audiencia y el galante Lope de Vega, apenas si pudo decir en el *Laurel de Apolo* la alabanza de una mujer, cuyo nombre ha recogido el patriotismo con solicitud; pero de cuyas obras no quedan ni un dístico, ni una frase.

Mientras los conquistadores andaban afanados y llenos de desconcierto en las guerras que fueron el efecto material de la falta de orden y de organización con que los españoles se establecieron en esta parte del mundo, descubierta por la fuerza de sus brazos y por el milagro de su heroicidad, antes que como empresa civilizadora mandada por ninguna nación, la instrucción pública fué descuidada de manera lamentable; es a los religiosos, que se iban estableciendo a medida que la colonia se organizaba, a los

que se deben las primeras atenciones, y de entre estos religiosos es menester recordar a los jesuítas que supieron en todo tiempo mostrar el poder de la disciplina y que en la Audiencia, además de manifestarse dignos competidores de los dominicos, mercedarios, franciscanos y agustinos, imprimieron en el pueblo cualidades y defectos con supremacía imponderable. En 1585 los jesuítas estaban ya a cargo de la enseñanza en Quito y con tanta preponderancia y exclusivismo que en 1602 encontraron ofensivo que Luis Remón hubiera establecido una enseñanza de gramática y acudido muchos niños a su escuela. En estas condiciones es justo que la historia exija a esta comunidad religiosa los necesarios frutos de su enseñanza; prueba que, a decir verdad, supieron satisfacer los jesuítas; pues que las pocas muestras de cultura que puede enseñar la colonia, entre estos religiosos se encuentran o de las aulas de éstos salieron, salvo muy contada excepción.

El siglo XVI, el siglo en que Quito fué fundado por los españoles, es de la más grande pobreza intelectual; mandatarios y mandados tenían otras cosas mejores que hacer antes que instruirse, y gente de calidad vino muy poca. Entre ésta es necesario recordar a don Lorenzo de Cepeda, hermano de Santa Teresa, quien desempeñó el cargo de Corregidor del Cabildo de Quito y otras funciones más, en las que, por cierto, no tuvo un comportamiento muy recto y honrado, pagando con ello tal vez tributo a la época. Don Lorenzo regresó a España en 1567 y cualquiera que sea el juicio que merezca como mandatario, es menester recordar que fué hombre cultivado y que acaso con don hereditario escribió en prosa y verso de manera apreciable: las antologías citan de este autor unas quintillas de las que Menéndez y Pelayo dice que no desmerecen de los escritos de la santa de Avila.

En 1566 o 1576 vino a Quito el licenciado y presbítero Miguel Cabello Balboa, natural de Archidona y hombre muy connotado en ciencias y letras; pues además del soneto que publicó en *El Marañón* de Diego de Aguilera, se sabe que escribió algunas comedias, entre las que se cita *La Volcánica*, en la que pudo referirse a la espantosa erupción del Pichincha de 1575; erupción que inspiró

a muchos escritores y poetas de la época como Diego Mexía y el Conde de la Granja, el que decía de Quito que

*la primera ciudad del Perú fuera
a no haber sido Lima la primera*

y del Pichincha

*... el nombre es ameneza;
oirle sólo causa ial recelo,
que en la imaginación se eriza el pelo”.*

Cabello Balboa, no sólo escribió *La Volcánica* sino otra obra más importante para nuestra historia; pues que en ella se recogieron las tradiciones del antiguo reino aborigen, cuando tan pocos años habían pasado de la conquista. Esta obra, que fué escrita bajo la protección del segundo Obispo de Quito, don Pedro de la Peña, se llama *Miscelánea Antártica*. El manuscrito de esta obra se conservaba en la Biblioteca del colegio de los jesuitas de Quito, de la que fué sacada, por nuestro inveterado descuido. Cabello Balboa murió en el Perú, en el oscuroísimo curato de Camata.

Como Cabello Balboa deben hallar necesariamente puesto en nuestra literatura los escritores peninsulares que vinieron a esta parte de América y que aunque no sean sino incidentalmente llegaron a Quito, según puede desprenderse de lo que dejaron escrito y de lo que dijeron en sus obras. Uno de éstos es don Juan de Miramontes y Zuázola, quien escribió *Armas Antárticas*, largo y fatigoso poema sobre las expediciones piráticas del siglo XVI; poema que permaneció inédito hasta 1921 en que lo editó el señor Jijón y Caamaño, inteligente Director de nuestra Academia Nacional de Historia. Miramontes parece que estuvo en Guayaquil y Quito, pues escribió en el canto VI de su poema:

*Quito, provincia en el Perú famosa,
de temple grato, y favorable cielo,
que tiene por cenit la luminosa
lór rida, curso del señor de Delo,*

*cuya influencia noble y generosa
la fertiliza y enriquece el suelo,
así de minas de oro y ricas venas,
que todas sus comarcas están llenas;
su puerto es Guayaquil, que circundado
de un monte excelso, de árboles sombríos,
de naves astillero, está ilustrado
con un profundo y navegable río;
de donde el tenaz ferro ha levantado
en infelice punto aquel navío,
navegando a Perico, vía reta,
puerto que en Panamá está en una isleta.*

Al finalizar este siglo, la situación ya desfavorable del comercio y de las industrias, se vino a agravar con la cédula de Felipe II recibida en 1592, sobre el establecimiento del impuesto llamado de alcabala. De diferente manera han contado los historiadores los acontecimientos que se produjeron con este motivo, llegando el historiador Velasco a escribir que se pensó en la coronación de un rey y el presbítero español Ordóñez, en *El Clérigo Agradecido*, a decir que se quiso mandar un comisionado a Inglaterra para conseguir auxilios y elementos militares. La verdad es que fué una franca rebelión contra la Metrópoli y esto apenas transcurridos cincuenta y ocho años de la fundación de Quito; circunstancia que acaso no prueba sino el desacierto con que procedían los gobernantes españoles.

Esta revolución fué notable en todos conceptos. Sánchez en la *Historia de la Literatura Peruana*, recuerda que la cantó Diego Mexía de Fernangil y sobre todo Pedro de Oña en el *Arauco Domado*, obra publicada en 1596, en la que se refiere, por lo mismo a los hechos de la época. Su testimonio es por consiguiente de gran valor.

Pedro de Oña se halla considerado como el decano de los poetas de este Continente, porque si bien otros escritores de menos valer ensayaron el canto antes que él y años antes compuso Ercilla la famosa *Araucana*, Oña le corresponde la primacía, por ser nacido en América.

y por la extensión del canto y la importancia de los asuntos de que trató, siendo el principal el del poema épico *El Arauco domado*, que tuvo por objeto continuar la relación de los acontecimientos poetizados por Ercilla y poner de manifiesto los méritos de don García Hurtado de Mendoza, quien se mostraba quejoso del poeta español, el cual no había dado toda la importancia a los hechos de don García.— Oña nació en Angol, ciudad chilena, que es llamada de los Confines «por dividir los términos de la ciudad de la Imperial y la Concepción y estar en medio de entrambas». Oña nació hacia 1570, sin que se sepa la fecha de la muerte; pues, dice el señor Matta Vial, «el único dato cierto que, a este respecto, tenemos es el de que vivía el 13 de abril de 1635, día en que en el Cuzco firmó la dedicatoria del *Vasauo*».

Según J. T. Medina, el notable erudito chileno, el apellido del poeta fué un Pedro de Oña, vecino de Quito y hermano de Gonzalo Pizarro. «La identidad del apellido, dice el señor Matta, y el hecho de que Gregorio (el padre del poeta) diera a unos de sus hijos el nombre de Pedro hacen verosímil la suposición». Parece que Gregorio de Oña llegó a Chile con el socorro llevado del Perú en 1552, por el General Martín de Avendaño y Velasco y el Capitán Gaspar de Villarroel, padre este último del célebre escritor quiteño del mismo nombre.— Pedro de Oña quedó huérfano en muy temprana edad; deseoso de aventuras y ambicioso, desde luego, aun no tenía veinte años cuando se trasladó a Lima, la metrópoli de Sur América, elegante y cultivada ya; ciudad cortesana que se ufanaba de tener imprenta desde 1584.

Por esa época se encontraban en Lima los poetas españoles Mexía, Montes de Oca, Cabello Balboa, Francisco de Figueroa y otros más. «El elemento criollo estaba brillantemente representado en aquel grupo con el famoso poeta chileno Pedro de Oña, autor del *Arauco Domado*; el quiteño Gaspar de Villarroel, futuro fraile agustino, Obispo de Santiago de Chile y Arequipa y Arzobispo de Chuquisaca, prosista de grandes bríos y reputadísimo orador y que, estudiante entonces en el Colegio de San Martín, rendía a la poesía feliz tributo en versos ju-

veniles....” (De la Riva Agüero, citado por Matta Vial).

Pedro de Oña encontró la protección de don García Hurtado de Mendoza, Virrey entonces del Perú, y en gratitud de ella escribió el *Arauco*, que se publicó en 1596. Obra de aliento, pero de juventud, sirve más como documento histórico que como literario,—En los cantos 14, 15 y 16 del *Arauco* se hace una detallada relación de la revolución de Quito, llamada de las Alcabalas, acaecida en 1592; esta relación circunstanciada ha dado margen para creer que Pedro de Oña, interrumpiendo los estudios que hacía en la Universidad de San Marcos de Lima, se alistó en la expedición que vino a Quito. El señor Matta argumenta muy fundadamente para combatir esta creencia. Llegara o no a Quito Oña, es lo cierto que la narración de esos acontecimientos tiene particular importancia, por ser compuesta por un contemporáneo de aquellos hechos y sobre todo porque Oña declaró que para hablar de los sucesos se había valido de una relación que puso en sus manos el Virrey del Perú: mayor autenticidad de los hechos narrados no cabe exigirse.—Este episodio del poema causó muchos sinsabores a Oña; pues que en abril de 1596, al mes escaso de publicada la obra y pocos días después de haber partido del Perú Hurtado de Mendoza, “cinco vecinos y regidores del Cabildo de la ciudad de Quito presentaron a la Real Audiencia de Lima una solicitud en que exponían—que un Pedro de Oña, colegial que fué del Colegio Real de esta ciudad, hizo imprimir un libro que intituló *Arauco Domado*, en el cual, por particulares fines e intereses, en grande daño, inominia y afrenta de la dicha Ciudad y del Cabildo y vecinos de ella, dice que la dicha ciudad, fué traidora y rebelde a su Magestad, llamando a los vecinos della muchas veces traidores y rebeldes...pérfidos y desleales, lo cual vuestra Alteza, no debe permitir; porque... es muy verisímil que su Magestad se terná por muy deservido de que semejante libro salga a luz y se publique; en el cual se manqua y ofende en caso tan grave la honra de una ciudad de las principales de este reino, y donde los Visorreyes han hallado la lealtad que en otras partes faltó; y ansí,

a Vuestra Alteza, como a príncipe y señor natural y tan cristianísimo, incumbe evitar semejante mal y poner remedio en él, no consintiendo que Ciudad tan grave y vecinos que lo son tanto sean tan gravemente maculados por fines y particulares intereses del dicho Oña, de quien y de las demás personas que nos conviniere nos protestamos querellar ante quien y cuando con derecho debemos. . . .” “Terminaban la solicitud, dice el señor Matta, pidiendo que se mandasen recojer—los dichos libros antes que la publicidad dellos pase adelante, y que se quemem, así los que hubiere impresos como el original por donde se imprimieron”,—En un otrosí de la misma solicitud, manifestaban que Oña se encontraba en el puerto del Callao—“con su mujer y casa, para embarcarse para la ciudad de Jaén donde va proveído por Corregidor, y para que haya efecto lo que suplicamos, (pedimos) se le mande que parezca ante Vuestra Alteza y con juramento declare los libros que lleva y tiene y los que ha vendido y a quien, para que los exhiba, y hasta que esto haya hecho, no se embarque ni prosiga su viaje, poniéndole para ello graves penas”.—Estuvieron estos vecinos y regidores de Quito por algún otro asunto en Lima cuando la publicación del libro o fueron advertidos a tiempo por personas que sabían de lo que trataba el poema y que tenían interés en que no se diera a luz una obra que era una servil alabanza a don García? La verdad es que esta solicitud fué causa para que se secuestrara el libro y de esta rarísima edición se salvaran muy pocos ejemplares. Oña que se preparaba a marchar a su corregimiento de Jaén de Bracamoros, fué detenido y sometido a un interrogatorio, al cual, entre otras cosas, contestó que había seguido fielmente las informaciones verbales de don García y los documentos que él mismo le había proporcionado. Hay razón para decir que el nombre de Oña debe figurar en la historia de nuestra literatura. (2)

Para finalizar este breve recuento de los escritores de la Audiencia o que vinieron por estas tierras o escribie-

(2) Es de gran importancia conocer la versión que hace Oña en su poema del célebre levantamiento de las Alcabalas, que

ron sobre ellas, es menester recordar que el célebre cronista de Indias, Montesinos, para redactar las *Memorias Historiales*, se apoyó en escritos que existían en esa época, y sobre todo, como lo recuerda de la Riva Agüero, en la *Historia en el Perú*, en “un libro manuscrito de autor ignorado que le aseguraron que fué obra de un quiteño, inspirado por el Obispo Fray Luis López”, quien tomó posesión del Obispado en 1594. Este dato hace pensar en que muchas obras escritas en aquella época, debieron perderse y que, por lo mismo, en la historia literaria del siglo XVI hay la laguna infranqueable del descuido en que estuvieron los archivos y en que siguieron por mucho tiempo, si es que no continúan en el mismo estado hasta hoy.

Podrían citarse algunos nombres más; pero las obras de éstos consisten en breves relaciones o informes escritos a petición de los gobernantes que querían aparecer ante sus superiores con un mentido interés por estos pueblos. Pocos de esos escritores, ninguno acaso, contribuyó a la cultura general.

bien puede llamarse el primer intento de revolución por la independencia. El resumen que sigue y que corresponde a los cantos XIV hasta el XIX del *Arauco*, ha sido hecho por Luis A. Sánchez en su simpático y erudito libro «Historia de la Literatura Peruana»:

«Quidora, mujer de Talquen, se encuentra en una cabaña, y les cuenta a Gualeva y a Tucapel el sueño que ha tenido (Cantos Décimocuarto, Décimoquinto, Décimosexto). Perteneció dicho sueño, como ya lo he manifestado, a la misma categoría de las ficciones usadas por Virgilio, Tasso, Hojeda, Peralta y Granja. Es una anunciación o profecía de las futuras hazañas de Don García, quien, ya maduro, en 1589 vino nuevamente al Perú como Virrey. Entre los muchos sucesos que ocurrieron en su gobierno, sobresale la célebre rebelión de las *alcabalas* de Quito, que relata Quidora, y que ha sido cantada también por Diego Mexía de Fernangil.

El «sumo Apó», es decir el Rey mandó a Don García que cobrase las alcabalas a la ciudad de Quito. Ya en Lima se pagaba el dos por ciento, por temor al *coco*, que así llama Oña a Don García. En Quito no ocurrió lo mismo. Al recibir la cédula se amotinó el pueblo, «el día de Santa Bárbara» y del año 1592, siendo el jefe de la rebelión un muchacho de 30 años, de poca cordura y menos experiencia, hijo del contador Francisco Ruiz». Hubo, también, *conatos* de levantamiento en Cuzco, Chuquisaca y en Lima, pero el Virrey hizo ajusticiar a tres revoltosos en el Callao, a cinco en el Cuzco, a dos en Arequipa, a uno en Cabana y a doce en Chuquiabo (La Paz).

El pueblo quiteño apresó a la Audiencia, que había querido apoderarse de uno de los cabecillas, Alonso de Bellido. Noticiado el Virrey de lo que su

SIGLO XVII

Medianamente organizada se hallaba ya la Audiencia de Quito, al principiar el siglo XVII; con todo, la instrucción pública no prosperaba como debía esperarse. Los dominicos, los franciscanos y sobre todo los jesuítas se empeñaban en difundir la enseñanza; pero además de que ésta tenía un carácter restringido en el que predominaban las disciplinas eclesiásticas, el conjunto de la población organizada no reconocía el valor de la instrucción: antiguos guerreros o descendientes de éstos constituían una clase que había impuesto privilegios para ellos, a tal punto que se creían con derecho para considerarse fuera del alcance de la autoridad, en mérito de hidalguía. Concluidas las guerras, condenado al suplicio un descendiente de Benalcázar, al que se le acusó de proyectar un alzamiento

cedía, envió a Pedro de Arana, aquel que persiguió a Cavendish (15 de Diciembre de 1592), con sólo cincuenta hombres a sofocar la revuelta. Zarparon secretamente, y al cuarto día de navegación sufrió una avería el batel en que viajaban, lo que no obstó para que continuaran su camino y arribaran a Guayaquil. Sabedores los sediciosos de esta llegada, eligieron a Pedro Zorrilla como jefe. Arana se detuvo y, refiere Oña, mandó asesinar al revoltoso Bellido. El pueblo indignado asaltó la casa del Presidente de la Audiencia, Don Miguel Barros de San Millán, en tanto que los oidores se ocultaban en un convento.

Llegaron en esta circunstancia, (Canto XVI) a Arana considerables refuerzos. Guayaquil envió a su Corregidor, el Capitán Bartolomé Carreño, con 50 hombres; Loja igualmente, a su Corregidor, el Capitán Lorenzo Fernández de Heredia, con 130 hombres, de los que él pagaba 80 de su peculio, y Paita mandó al Capitán Fernando de Valera, guerrero de Flandes, con un escuadrón. Asimismo fueron en socorro de Arana 300 hombres de Cuenca. El Virrey quiso evitar toda lucha y ordenó que se detuvieran las tropas con tal que los quiteños acatasen lo que dispusiese el licenciado Don Esteban Marañón, Visitador de la Audiencia de Quito; pero, como se negaran los rebeldes, mandó nuevas tropas al mando de Francisco de Cárdenas, pues la sedición tomaba graves proporciones.

Afortunadamente no fué necesario combatir. El temor y los jesuítas terminaron con el levantamiento. El Capitán Juan de la Vega, Pedro Llerena, Contador de la Real Caja, y otros se pasaron al campo de Arana, quien inmediatamente entró en Quito e hizo un tremendo escarmiento, según refiere Oña (páginas 571 y 572), aunque Montesinos refiere que se ajustició a muy pocos, y que «hubo poco que hacer porque el tumulto fué de gente ordinaria». Como medidas indispensables, se suprimieron los cargos de los Alcaldes ordinarios Francisco Olmos y García de Vargas; se decapitó al Procurador General Alonso Sánchez y se sometió a juicio a Barros. Fue nombrado Capitán General de Quito Don Diego de Portugal, y a Pedro Arana «dióle (el Virrey) 6000 pesos de renta por dos vidas; empero, como era viejo muy gózolo poco: dentro de breves meses murió».

to de mestizos contra los blancos, éstos, altaneros y bravíos, se aislaron dentro de sus títulos y despreciando todo lo que no fuera de rancia nobleza, se dedicaron a explotar las encomiendas y las propiedades servidas por numerosos indios, reducidos a la más lamentable esclavitud. El mestizo vivía fuera del amparo de los privilegios de clase; a tal punto que la vida urbana puede decirse que se compartía entre el noble y las autoridades civiles y eclesiásticas. El noble era preponderante en extremo y despreciaba con orgullosa ignorancia la instrucción que consideraba que no le aumentaría ningún blasón. Tan orgulloso era que en cierta vez un clériguillo, que acaso presumía de entendido y por ello de igual al más empingorotado, tuvo de cerrar la clase de gramática que regentaba y huír de manos de la justicia, porque se vió acerbamente perseguido por el imponderable crimen de no haber saludado a una alta dama.

Es verdad que los religiosos continuaban en la meritoria tarea de dar claridad al ambiente; y hay que reconocer la justa nombradía del Seminario de San Luis, dirigido por los jesuítas. Aquellos que sobresalieron en esa época, se ufanaron y lo expusieron como título de saber el haber pertenecido a este Seminario, constituido, indudablemente, como los mejores de las ciudades más adelantadas de América.

Los religiosos educadores fueron el punto de contacto entre la Península y estos pueblos nacientes y fueron ellos mismos los que trajeron las noticias, desfiguradas y todo, de las nuevas modalidades que privaban en el mundo de las letras. Se supo entonces que espíritus audaces, reformadores, sutiles, refinados, habían acometido la tarea de restituir a la poesía el brillo y la originalidad perdidos en la versificación fácil y vulgar anteriores. Y los nombres de Góngora y de los gongoristas hallaron cabida en la tímida difusión literaria; como entre teólogos y predicadores hizo estragos el conceptismo, escuela opuesta a la de los culteranos y cuya influencia fué mayor, porque halló campo más extenso y preparado en la multitud de conventos y de religiosos, los cuales forzosamente tenían que afilar sus armas y escribir esos causados centones que trataban de

cuestiones teológicas y metafísicas con las que contendían unas comunidades con otras. El campo que verdaderamente puede llamarse de la literatura continuó restringido.

Restringido y pobre sería si la literatura ecuatoriana de este tiempo no pudiera escribir el nombre de Gaspar de Villarroel. «La historia de la literatura ecuatoriana, dice con razón Gonzalo Zaldumbide, puede comenzar con el nombre de uno de los escritores más importantes, más singulares y más amenos de cuantos prodigó la América colonial».

Villarroel fué hijo del licenciado guatemalteco Gaspar de Villarroel y Coruña y de doña Ana Ordóñez de Cárdenas, venezolana.

Conviene anotar que el padre de nuestro escritor figura como poeta en la literatura del Perú colonial; tuvo una vida atormentada y aventurera: recorrió gran parte de América; fué a España; estuvo en Chile; desempeñó el cargo de Justicia Mayor en el Cuzco; vivió en Lima y a la muerte de su esposa, se hizo fraile.

Gaspar, el hijo, nació en Quito en 1587; nació «en casa pobre, sin tener ni madre un pañal en que envolverme», nos dice con ese anhelo de confianza y con el afán simpático y conmovedor de noticierismo que se encuentran en sus escritos y en sus obras.

En el Seminario de San Luis hizo los primeros estudios, que fué a completarlos en Lima, en el Colegio de San Martín, época en la que también rindió tributo a las musas, según Luis A. Sánchez.

En Quito y en Lima, como donde quiera que estuvo, supo distinguirse y sobresalir. En Lima tomó el hábito agustiniano en 1607; dictó clases de teología escolástica y expositiva, desempeñó los cargos de Prior y Vicario Provincial en Lima y en el Cuzco; la ambición, como el mismo Villarroel escribe, le llevó a España, en la que sus obras, su continente y elocuencia, le hicieron nombrar predicador del Rey. En todo tiempo escribió de manera incansable y sus obras contuvieron esencia de conocimientos y fueron ejemplo de erudición y de comprensión de hombres y doctrinas. Espanta saber el sinnúmero de obras que llegó a escribir, en medio de las graves ocupa-

ciones que tuvo, ya en la Corte, ya en América, a la que volvió nombrado Obispo de Santiago de Chile. En Santiago estuvo cuando el terremoto de 1647, acontecimiento en el que la actitud del Obispo fué apostólica y ejemplar. De Santiago pasó al Arzobispado de Arequipa y de éste al de Charcas, ciudad en la que falleció en 1665.

Hombre integérrimo, pastor de almas, lleno de compasión y de caridad, artista, erudito, poseedor de la ciencia que le daba la época y le exigía su estado, pasó por en medio de la agitada vida colonial de entonces con el respeto y la consideración de todos. En el Perú, Alecio, Peralta y otros escritores elogiaron a Villarroel; el P. Arriola dijo: «No sólo debe España a las Indias el oro, plata y piedras de que abunda, sino lo más fino y oculto de la sabiduría, aventajando a todo lo mejor que viene del Nuevo Mundo»; y este oro fino y oculto eran las obras de Villarroel, ventajosamente conocidas y comentadas por aquellos a quienes interesaba el ramo de literatura que cultivaba el Prelado americano.

Admira el gran número de obras que escribió Villarroel: tres tomos de *Discursos, comentarios y dificultades sobre los evangelios de la Cuaresma*, uno acerca *Judicis comentariis litteralibus cum moralibus aphorismis illustrati*; tres de *Historias Eclesiásticas y morales, con quince misterios de nuestra fe*; el *Sermón de San Ignacio de Loyola, el sermón del Patriarca San Agustín, el Gobierno Eclesiástico Pacífico*, en dos tomos; el *sermón* pronunciado en 1635, con motivo de los desacatos de los franceses en el Saco de Tirlimón; *Primera parte de los comentarios, dificultades y discursos literales, morales y místicos sobre los Evangelios de los domingos de Adviento y de los de todo el año*, en un volumen; *Sermones de Santos, Coronas de la Virgen Santísima* y los que no llegaron a publicarse y se han perdido: *Comentario latino sobre los Cantares; Comentario sobre el libro de Ruth; y Cuestiones Quodlibéticas, escolásticas y positivas*.

Sobre la suma de doctrina que supo acopiar este escritor erudito y abundante, el lector de hoy que se entra no sin recelo por estas obras voluminosas, encuadernadas

en pergamino, escritas en caracteres antiguos, encuentra sin embargo en las obras de este escritor el eucanto de las cosas lejanas que reviven en el cúmulo de anécdotas y de recuerdos con que Villarroel hace obra personal al tratar de asuntos teológicos y de intrincadas cuestiones de jurisdicciones eclesiásticas y civiles. Con los párrafos de carácter personal que contienen las obras podría formarse un interesante y hermoso tomo de selección y de antología.

Estudioso e inteligente como era este hombre que estuvo en España ocupando puesto principal y que por lo mismo tuvo ocasión de asistir a los acontecimientos literarios de esa época, llena de los mayores ingenios que ha producido la Península, escribió en lenguaje correcto y claro, a pesar de lo repleto de ideas que estaba. Criticar hoy el método de composición de sus libros es juzgar con un criterio de actualidad que no cabe al tratarse de obras que tienen que referirse necesariamente al tiempo en que se escribieron y a los asuntos que el autor se propuso tratar (3).

Después de Villarroel es justo referirse al Maestro Jacinto de Evia, de quien nos ha quedado la obra poética más considerable del siglo XVII. El P. Vásconez en su muy apreciable *Historia de la Poesía Ecuatoriana*, dice

(3) Como una muestra del estilo de Villarroel al propio tiempo que del interés que sabe despertar con sus escritos, reproducimos dos episodios, a los cuales hemos puesto nosotros el título, tomados de una obra voluminosa en que se discurre ampliamente y con erudición de las reglas a las que debían sujetarse las autoridades eclesiásticas en el gobierno de la iglesia y en sus relaciones con las autoridades civiles. La pesada disquisición se corta de trecho en trecho para dar lugar a unos «a propósitos» que tienen el grato sabor de la historia, de la anécdota y de la autobiografía:

UN CABALLERO DE INDUSTRIA COLONIAL

Un religioso bastante letrado y de gran disimulo había pasado de España con pretexto de ciertos negocios y licencias de sus prelados. No era de alguna de las religiones que residen en las Indias, y calló la suya, porque no acostumbro nombrarlas en aquellas materias en que podría entenderse que quiero deslucirlas. Habíase detenido algunas leguas del Cuzco, en unas doctrinas (así llamamos acá los Curatos que tienen por feligreses indios) donde le habían regalado mucho. Escribió al Corregidor de aquella ciudad, a los Prela-

que Evia nació en 1620, y que se educó en Quito, bajo la dirección de los jesuitas. En 1675 publicó en Alcalá de Henares, en la imprenta de Nicolás Xamares, el *Ramillete de varias flores poéticas recogidas y cultivadas en los primeros años, por el Maestro Xacinto de Evia, natural de la ciudad de Guayaquil en el Perú*. En este tomo, de más de cuatrocientas páginas en 8º mayor, Evia recoge no solamente sus composiciones sino también las del bogotano Camargo, quien, según el señor Caro, «florecía en Turmequé», del jesuita sevillano Antonio de Bastidas y de «otro florido ingenio de la misma Compañía», a quien no nombra Evia. El ramillete tiene la guía simbólica de la rosa, espíritu sutil de los jardines, que por la hermosura y por la brevedad de la vida, servirá siempre de tema de meditación y de imagen perenne de belleza.

dos de las religiones y a algunos caballeros particulares que su Majestad le había hecho merced de presentarle para el Obispado de Venezuela, que llaman Caracas, en las Indias; y que en el interín que se iba a gobernar su iglesia, quería pasar a Potosí a concluir con las cosas que le habían sacado de su celda. Es aquella ciudad muy agasajadora de los forasteros y muy respetadora de Obispos: alegróse toda con su buena venida y comenzóse entre los Prelados una santa contienda, sobre quién había de recibir un huésped tan principal. Venió el Prior de San Agustín. Era este el Maestro Fr. Lucas de Mendoza, varón de grande virtud y letras, que siendo Provincial y en la Universidad Real de Lima, catedrático de Escritura, murió dejando de sí grandes deseos en todos los religiosos. No encarezco acaso su gran talento, hágalo porque crezca la sutileza del engaño. Entró su Obispo en el Cuzco con solemne acompañamiento. Túvole en el convento ricamente colgado un cuarto. Aposentéme en él, porque sucedí en el oficio a este Prior. Y hago memoria de que le sucedí, porque se sepa que hallé tan reciente la maraña, que casi puedo en ella deponer de vista. Hiciéronle los caballeros al nuevo Prelado preciosos donativos y las religiones todas grandes regalos. Encomendáronle el sermón para la fiesta de mi Padre San Agustín; aderezóse el púlpito con grande aparato, salió a él el predicador con grande majestad y no fué la menor predicar en silla y con almohada. Fué desnudando las manos de unos guantes de ámbar muy olorosos, haciendo la ceremonia tan despacio, que pudo concluir un grande razonamiento, encaminado todo a los desvelos en que le había puesto el gobierno de su Obispado, la gran pensión con que se gozaba de aquella dignidad, que a título de divertido en pensamientos, que importaban tanto, no podría predicar al tamaño de la expectación. Acabó la arenga dejando las manos desembarazadas, con que habiéndose persignado, propuso el tema. Acabóse su sermón, recibí los parabienes, circunstancias episcopales. Valióle el aplauso un buen golpe de dinero, con que salió del Cuzco tan bien proveído, como si anduviera visitando su Obispado. Llegó a Potosí, recogiendo de camino cuanto pudo; y aquella villa que es un asombro de liberalidad, le contribuyó con tanta abundancia, que para moneda sola parece que necesitaba una recua. Volvió por jornadas distintas, cargado de plata, y llegando cerca de la ciudad de Arequipa; que como todo el Perú es un largo callejón, porque está apartada del camino real, con grandes results de sus riquezas antiguas, la llaman faltriquera de las In-

Camargo decía que los versos eran la flor del ingenio y que ésta había de permanecer cuanto durase la primavera de la juventud y no más, poniendo un punto de detención al bardo que quisiera seguir pulsando la lira en todo tiempo y por todos los caminos. El mismo Camargo, al traducir la silva a la rosa de Virgilio, dice:

*Coged las rosas, pues, de la hermosura,
cuando ayuda la edad, la edad florida.*

En la rosa halla Evia la imagen adecuada para todo transporte lírico. «Por qué no han de ser las rosas, pregunta, las honras y grandezas del mundo? pues unas y otras son de tan caduco ser y de tan corta dura?» Pero los

días. Supo allí por carta de un confidente suyo que había venido una Cédula del Consejo para que el Virrey le recogiese y lo embarcase, porque duró tres años la edad de este embeleco. Repartió mañosamente sus criados, enviólos con cartas a partes distintas, y viéndose desembarazado de tales testigos, extravióse con unos indezuélos, y con su persona y su dinero se puso tan en salvo, que hasta hoy no se ha sabido de él....

Doctor don fray Gaspar de Villarroel

(Gobierno Eclesiástico y Pacífico — Tomo I — Pág. 145 — Madrid, 1656)

UNA AVENTURA DRAMÁTICA

Yo tengo que probar aquese escándalo haciendo testigos a los mismos religiosos. Y para que declaren sin empacho quiero referirles una flaqueza mía. En el religiosísimo convento de mi Padre San Agustín de Lima, donde tomé el hábito y me crié, aunque toda la disciplina regular se guardaba con admiración, ponían los Prelados todo su desvelo en desviar de las comedias a los Religiosos; pero en los mozos parece que los preceptos despiertan los apetitos. Eralo yo mucho entonces, aunque había acabado ya de leer artes. Alabároume mucho una comedia que se hacía, por devota y bien representada, y entré en tantas ansias de verla que rompiendo por el recato dispuse la entrada. Pagose una celosía, que en tiempo que era yo tan pobre, que me reía del rey Baltazar cuando hacía a mis amigos un banquete que costaba seis reales y ponían unas conclusiones por manteles, eran gran negocio cinco patacones: este fué el primer trabajo de aquel mi divertimento. Salí a la una del día, que por lo extraordinario de la hora y por ser día de fiesta, dos cosas que dificultaban la salida, costó cien embelecós el ganarla. Ya va creciendo la costa de aquella triste comedia. Ibamos modestísimos yo y mi compañero, enterradas las manos en las mangas, aforradas las cabezas en las capillas y sudando; porque juzgábamos que cuantos nos encontraban nos leían en las caras un delito. Llegamos a una puerta extraordinaria por donde entran en el corral los hombres de bien. Encontrónos un caballero y pasamos de largo, conque fué forzoso dar la vuelta entera y rodear cuatro cuadras: esto mismo nos sucedió seis veces, con que a las dos dadas no pudimos ganar la puerta. Entramos al fin por un largo callejón y en viéndonos en nuestro aposento bien cerrados, dimos por fenecidos nuestros trabajos todos. Pero pudiéramos de-

encendidos pétalos de la rosa no sólo han de servir para preguntar los enigmas del destino sino también para alabar la belleza de la mujer y las delicias del amor. El Ramillete de Evia quedaría incompleto si faltaran las *florres amorosas*; pero acaso su estado le imponía una restricción, que la hace en esta forma: «Todas son mías las flores que en este argumento del amor te ofrezco: y te puedo asegurar, que más ha sido por divertir el ingenio y por dar gusto a algunos amigos, que por empeños propios. Esto no es justificarme ni atajar los pasos a la calumnia; porque nadie extrañará que los abriles de mis primeros años produjeran estas verdades. También no ignoro que ser amante y poeta es lance forzoso».

cir lo que esotro, que para significar la continua alteración de las penalidades que pasan los labradores porque la familia apenas se coje cuando se derrama, pintó unas espigas y puso a la divisa aquesta letra: *Finiunt pariter, renovantque dolores*. Eran caniculares, cuando en Lima nos asan los calores. Y pudiéramos tomar las uncciones en el aposento, según estaba abrigado. Eran las cuatro de la tarde y como no había tanta gente como quisieran los comediantes, buscaron dilatorias para su farsa; y estando ya lleno el teatro y en el tablado la loa, comenzó a temblar la tierra. Estaba en alto mi triste celosía y el edificio era de tablas; era tal el ruido que parecía que se nos caía el cielo. Si nos quedábamos encerrados, peligrosaba la vida: si huíamos a vista de tanto pueblo, se perdía la honra; y viéndonos entre dos bajíos, pudiéramos decir con Plauto

Inter saxa sacramque sto, neque quid faciam scio.

Pudo en efecto conmigo más el púndonor que el deseo de vivir y pasé mi penalidad con aquel pavor, que podrá entender el que sabe qué es temblor. Sosegóse el auditorio, salimos del susto, y comenzada la obra comenzó también en el vestuario una pendencia. Hirieron al del papel principal, con que fuera tragicomedia si la infelice comedia se acabara, pero dejóse para otro día. Este pareció el trabajo postrero de mi fiesta, pero comenzó otro de nuevo, que no se iba la gente y venía ya la noche. Ciérrase en mi convento a la oración la puerta principal y es caso de residencia entrar por la que llaman falsa. Dábame a mí esto gran congoja, sobre un tan largo encierro tan sin fruto. Salí en efecto, representándoseme en cada sombra el Prelado de mi casa y pasando, como quien corre la posta o como quien va seguido de una fiera, aquel largo callejón de que ya hablé, entraba muy paso a paso un caballero de casta de aquellos que quieren saberlo todo, a enterarse del fracaso sucedido. Este con grandes reverencias y con unas prolifas cortesías, que le perdonara yo de buena gana, me comenzó a preguntar por mi salud. Y díjele, turbado yo: señor mío, tiene V. m. mucha discreción para hacerse necio de entremés. No había visto el de Micer Palomo? Pues sepa que examinando de necio a un caballero dijo que era tan necio que detendría a un delincuente que fuese huyendo de la justicia para darle las buenas Pascuas. Suélteme V. m. que voy huyendo de que me vean: básteme mi trabajo de que V. m. me haya visto. De esta larga relación saquemos la moralidad y un buen retazo de la probanza de mi sentencia, porque este recato, estos sudores, aquel dejarme morir por no dejarme ver, en el temblor, y todo lo referido, indicación es clara de que se afrentan los religiosos de que se sepa que ven una comedia.....

(*Id.*, Pgs. 367—368—*Tomo I*)

En general es preciso confesar que Evia carece del don lírico, que da ligereza a la frase y una cierta unción comunicativa al pensamiento, en la obra de los verdaderos poetas; y la sequedad del ingenio proviene sobre todo de que las composiciones que se insertan en la mayor parte de esta colección son glosas al gusto de la época, anagramas, dificultades que quitan la espontaneidad a las composiciones, versos de ocasión que celebran los diversos acontecimientos públicos de la época, tormentos, en fin, de los que el poeta procura salir airoso con sutileza de ingenio y con el dominio de la rima y del metro. Por llano y fácil se cita en las antologías el Villancico de *La gitavilla al Niño Jesús*; pero, en verdad, cuando se le encuentra fácil y sincero es cuando junta sus rosas para dedicarlas al amor, cuando advierte que si el desdén da la muerte, el amor le da la vida; cuando glosa el eterno tema de la desgracia de la mujer que nació bella; cuando dice que el amor disimulado mientras se calla atormenta; cuando de un jilguerillo amante expresa que su canto se parece a chirimía de pluma o ramillete con alma o cuando en la simbólica fantasía en prosa sobre el sueño de Celio, intercala estrofas como esta:

*qué mal se guarda belleza
que en campo se ofrece hermosa
que como muchos la miran
su beldad alguno logra.*

Los versos de Evia pertenecen a las curiosidades bibliográficas; pero no puede menos de reconocerse que se trata de un poeta saturado de literatura clásica y muy al tanto de las producciones de su tiempo. (4)

En este siglo hay muchos otros escritores que merecen citarse, sobre todo porque obtuvieron notoriedad en la

(4) De Evia se han citado una seguidillas al niño Jesús, tal vez por fácilmente versificadas o porque los comentadores timoratos no han querido respirar el capitoso perfume de las flores amorosas; sin embargo creemos que solamente aquí el poeta es espontáneo y sincero, como verán los lectores por la glosa y la

Península y en otras partes de América, tales como el quiteño Juan Machado de Chávez, quien después de haber obtenido el grado de abogado en la Cancillería de Granada, fué profesor en Salamauca y escribió y publicó "*El Perfecto Confesor de Almas*"; el jesuíta riobam-

décima que reproducimos en seguida, composiciones en las cuales el poeta describe la pena de amor y la fugacidad del placer:

FLORES AMOROSAS

ESTREVILLO

*Cupido, que rindes las almas,
decidla a Belisa, decidla por mí,
como vive mi amor todo en ella,
después que a sus ojos mi vida rendí.*

GLOSA

Entre esperanza y temor
vive dudosa mi suerte,
el desdén me da la muerte,
pero la vida el amor;
y aunque es grande mi dolor
buscar alivio procura,
hallarálo mi ventura
si constante pido así:

Cupidillo que rindes....

Ansioso cual siervo herido
del harpón de una beldad,
de su fuente a la piedad
amante me ha conducido:
mas mi dolor ha crecido
con el cristal que he gustado,
y en voz amorosa al prado
mis tristes quejas le dí:

Cupidillo que rindes....

A un jilguero enamorado
mis penas dije constante,
por ver si hallo en un amante
remedios a mi cuidado:
compasivo me ha escuchado,
más que Belisa a quien ruego,
templando mi dulce fuego
con los gorjeos que oí:

Cupidillo que rindes...

La yedra en brazo amoroso,
del olmo los brazos goza,
la tortolilla retoza
con su consorte gustoso:
sólo yo vivo envidioso
por ver que una planta y ave
en unión vivan suave
cuando me lamento así:

Cupidillo que rindes....

Pág. 193.--Ramillete--1675

DECIMA

Con qué gusto entre los brazos
de Nise gocé un favor,
que eterno juzgó mi amor,
por ser de tan fuertes lazos:
mas ay! qué breve los plazos
llegó mi dicha a gozar,
pues sólo vino a estrujar
del alma tan dulce empeño,
en breves sombras de un sueño
que se acabó al despertar.

Pág. 202

beño Alonso de Peñafiel, profesor en el Colegio del Cuzco y en la Universidad de Lima y autor de un curso de filosofía con el título de "*Universa Philosophía*"; el franciscano quiteño José Maldonado, el cual escribió en España y fué Comisario General; otro quiteño, Fray Laureano de la Cruz, quien publicó en España *El nuevo descubrimiento del Marañón*.

Hay que citar muy especialmente a la clarisa quiteña Gertrudis de San Ildefonso, quien nos ha dejado unas hermosas páginas, que son como recuerdos infantiles de su vocación, de las luchas de su alma piadosa con el demonio que le perseguía con tentaciones para que no persistiera en el intento de entrar al claustro, de sus dudas crueles entre dejar a su madre afligida o consagrarse a Dios por entero. Con estas dudas un día abandonó el Convento; pero ya en el mundo se encontró tan a disgusto que, dice con adorable ingenuidad, conoció que el Señor le puso acíbar en el pecho del mundo para repudiar sus cosas, hasta que tomó el hábito el 2 de febrero de 1678, día de la Candelaria.

Debe recordarse también al Escribano Diego Rodríguez Urbán de la Vega, quien nos ha dejado páginas primorosamente pintorescas, que son un verdadero rastro de la vida colonial, relación que escribió con motivo de las fiestas que se celebraron en febrero de 1631, por el nacimiento del príncipe Baltazar Carlos Domingo.

Excelente descripción e inapreciable ayuda para la investigación histórica es la que hizo el anónimo que escribió sobre la Villa del Villar don Pardo; como la del Corregidor Guillermo de Martos sobre la ciudad de Jaén y su distrito.

Pertenece a la crítica literaria el juicio que emitió don Antonio Navarro y Navarrete acerca del poema heroico sobre San Ignacio de Loyola que publicó en 1666 el poeta granadino Camargo y que lo dedicó al P. Basilio de Ribera, religioso agustino quiteño, al que mucho debe el arte de estas provincias; pues fué el protector de Miguel de Santiago, el célebre pintor de este siglo, quien con tan magníficos cuadros adornó las varias iglesias y conventos de la ciudad de Quito. Navarro Navarrete no trata de

buscar los aciertos o defectos del poeta en los detalles, sino que juzga el conjunto según los preceptos didácticos en boga y de conformidad con las opiniones de Petronio y Escalígero.

En Guayaquil nació en 1669 el P. Jacinto Basilio Morán de Butrón, el que escribió la vida de Mariana de Jesús y una descripción histórico-geográfica de Guayaquil, que publicó en Madrid en 1745.

No prescindiremos de la costumbre que se ha tenido de citar en la historia de nuestra literatura unos versos de la silva segunda del *Laurel de Apolo* de Lope de Vega, quien como Cervantes en el *Canto a Caliope* o en el *Viaje al Parnaso*, tuvo complacencia en nombrar las flores del ingenio que se abrían en las regiones más apartadas, en las que se hablaba la lengua española. Como oriunda de Bogotá citó a una *Amarilis* desconocida y como de Quito a doña Jerónima Velasco, añadiendo en la misma estrofa el elogio de Pola de Argentaria, esposa de don Luis Ladrón de Guevara. ¿Quién era esta *divina* Jerónima Velasco? Don Pablo Herrera dice que fué de la familia de los Velascos de Popayán; pero de la obra que pudo escribir esta poetisa, nada nos ha quedado. ¿Merecía los altos encomios que obtuvo del galante Lope? Todo juicio sería aventurado y más si se considera el estado cultural de atraso de la mujer en ese siglo; pero, pues, el *Fénix de los Ingenios* nos regala con esta flor, aceptémosle agradecidos.

Vida de leyenda, picaresca, estrafalaria, cínica, que debía culminar en el arrepentimiento devoto es la del P. Almeida. Más de lo que queda de su obra literaria, que acaso no es sino una décima, es lo que la tradición nos cuenta de la vida de este fraile franciscano, fiel reflejo de la relajación en que en esos tiempos vivían los religiosos. El fraile salía del claustro todas las noches a divertirse en la ciudad, y para hacerlo se servía como de escalón de los hombros de un Cristo que abría sus brazos junto a una ventana. Tantas veces puso el pie irreverente en los hombros llagados, que, mortificado el crucifijo, reconvino al fraile pecador, diciéndole: ¿“Hasta cuándo, padre Almeida?” “Hasta la vuelta, Señor”, contestó el imperté-

rrito parrandista. De este milagroso acontecimiento, narrado seguramente por el mismo fraile, perturbado ya por las demasías a que se entregaba, provino la conversión: el fraile murió en olor de santidad, dice la leyenda. En la época de la conversión, escribió la décima que nos queda, que pone de manifiesto su amor divino, exacerbado y convulso, que es todo un brote de misticismo lúcido.

*A Vos se deben, Señor,
Por vuestro infinito Sér,
Todo amor, todo querer,
Toda alabanza y honor.
!Oh! Si se hallara mi amor
En tan encumbrada esfera,
Que, sin que nada quisiera
Y sin que nada esperara
A Vos, por Vos, os amara,
A Vos, por Vos, os temera.*



El P. Váscónez cita la primera corona fúnebre compuesta en memoria de la Reina Dña. Margarita de Austria, en la que, afirma, se encuentran composiciones latinas y castellanas,, a cual más desmañadas y pedantescas.

En la obra citada de Luis A. Sánchez se halla también la referencia a una *Relación de la real y Suntuosa Pompa con que el señor Presidente desta Real Audiencia de Quito, D. Martín de Arriola...* publicada en 1652. Sánchez manifiesta que contiene muchos versos de autores oscuros. Sería importante conocer esta relación que daría mucha luz acerca de los escritores que en ese entonces había en Quito.

El mismo Sánchez dedica en el libro citado unas cuantas frases a otro poeta ecuatoriano; se trata de D. Pedro de la Cadena, vecino de Zamora. Cree Sánchez que el nombre verdadero de este poeta era el de Pedro Vaca de la Cadena, hijo de Diego Vaca de la Vega, conquistador de Mainas y poeta también. De la Cadena murió a mediados de 1653. Este poeta escribió *Los Actos y Hazañas valerosas del Capitán Diego Fernández de Zepa,*

Bataría el nombre de Villarroel para persuadirnos de que este siglo no había sido infructuoso para las letras.

Sin embargo, a qué enorme distancia nos hallábamos del adelanto cultural de la Madre Patria! Basta recordar que en ese siglo vivieron Cervantes, Lope, Góngora, Los Argensolas, Quevedo, Vélez de Guevara, Tirso de Molina, Gracián, Calderón, Rojas, etc. Era la época en que culminó la civilización española; era la época del rey sombrío y trágico, Felipe II, gran político y hombre de Estado notable, el cual, de no haber tenido el fracaso de que las tempestades asaltarán a la *Escuadra Invencible*, con el triunfo sobre Inglaterra, hubiera conseguido que España obtuviera el dominio político del mundo.

Por desgracia, en los círculos colonizadores de los gobernantes españoles, América no era una prolongación de España, era siempre el país de los vencidos. Todavía México y el Perú conocieron algún florecimiento; pero las Audiencias, los gobiernos oscuros, como el de Quito, fueron descuidados completamente. Los Presidentes eran hombres sin ilustración y sin interés por el bien público. Algún Obispo se señaló por la piedad y el saber. Pacificada la tierra, entregados a irritante holgazanería los nobles, ya no quedaron sino las contiendas eclesiásticas, o más propiamente hablando, el tema religioso como objeto de preocupación general.

En medio de tanta inopia, aun la naturaleza se mostró hostil: los terremotos eran continuos; las erupciones de los volcanes espantosas y repetidas; Quito que se halla edificada sobre el cráter del Pichincha, padeció y sufrió de manera cruel con la actividad del volcán. El enojo de la naturaleza era un castigo de Dios y la población aterrada salía en cada terremoto, despavorida por las calles, clamando misericordia. Almas temerosas y alucinadas veían en los aires la imagen protectora de María; las vírgenes que se habían consagrado a Dios, oraban ante los altares pidiendo al divino esposo la salvación de la ciudad.

Fué en este tiempo cuando emergió como flor de humildad y de esperanza, Mariana de Jesús, la santa quiteña, que vivió una vida de oración y recogimiento, que al sangrar con las disciplinas veía crecer a sus pies, azucenas odorantes y altas. Mariana de Jesús es una santa llena de sencillez-

y su vida no tiene prodigios. Apenas puede contarse que al causó de Dios, a fuerza de oraciones, que la ciudad de Quito no fuera destruída por los terremotos: los grabados que se hicieron a raíz de su muerte le representau enderezando las torres que se desmoronaban. El más bello episodio de a vida de esta santa es la que cuenta el jesuíta lojano Alonso de Rojas: «Estaba un día en un rincón de esta iglesia—dijo en la oración fúnebre de la virtuosa doncella—, orando nuestra virgen. Llegóse a ella un hombre, instrumento del demonio; díjole algunas palabras amorosas y preguntóle qué hacía allí. A estas voces o silbos de serpiente, hizo orejas sordas la sierva de Dios; instó el sacrílego por tres veces en sus ruegos y preguntas, y ella, desviando el manto del rostro, con semblante severo, le dijo así: «Estoy aprendiendo a morir». Turbóse de muerte el atrevido, con esta respuesta, apartóse confuso y ella quedó vencedora de la tempestad de amor, con la consideración de la muerte».

Isaac Barrera

(Continuará)

8



CAPITULOS

de vulgarización científica

La Naturaleza, la Ciencia y las Leyes Naturales

I

La Naturaleza

Una de las cosas de que más convencimiento tenemos es que existimos, pero la idea de nuestra existencia nos da también otra que se nos impone con no menos claridad, y es, que fuera de cada uno, existen también otras cosas en número incalculable, y que por consiguiente, cada uno, el sujeto, no es ni lo único ni lo principal de lo existente, sino, con toda sencillez, una parte de un GRAN TODO.

Pues bien, a ese conjunto de todas las cosas que existen se lo conoce con el nombre de LA NATURALEZA; se dice también, que todo forma parte del UNIVERSO. Naturaleza y Universo, son, por tanto, dos palabras, que con ligeros matices, significan más o menos lo mismo, y para el fin que nosotros nos proponemos, no urge que las distingamos mayormente, así que, sigamos adelante,

De qué manera llegamos a conocer la Naturaleza

II

Fenómenos

Sabemos que existimos, porque nuestra conciencia nos atestigua de la realidad de nuestra persona, y sabemos que algo existe fuera de nosotros, porque tenemos conciencia de lo que vemos, oímos y palpamos, y en una palabra, de todas las indicaciones de nuestros sentidos. Todo esto se expresa claramente diciendo, que somos testigos de lo que acontece en la Naturaleza; ahora bien, todo acontecimiento es una variación que se observa, es decir, un cambio. Por consiguiente, nosotros llegamos a conocer la Naturaleza, por los múltiples cambios que conocemos y presenciarnos dentro y fuera de nosotros: Si nada variase en el Universo, sería imposible todo conocimiento.

En lenguaje científico, en lugar de variación, acontecimiento, mudanza, suceso, se emplea la palabra FENÓMENO, vocablo que no es más preferible a los anteriores, sino porque la costumbre lo ha impuesto en el hablar científico. Y esto aclarado, no hay para qué insistir más sobre el significado estricto de la palabra antedicha, porque creemos que en adelante ya no habrá dificultad en comprenderla.

III

El Espaciotiempo

Convenidos ya en llamar fenómenos, a todo cuanto acontece o puede acontecer, tenemos que admitir que éstos, no pueden ser una realidad sino suceden en un sitio determinado, y como vemos que no todo pasa en un mismo lugar, sino que, al contrario, observamos que los fenómenos se efectúan en lo que se dice; aquí, allá y acullá, esto es,

en un sinnúmero de lugares, nos encontramos en la obligación de pensar que esos lugares no son los únicos posibles, sino que, por así decirlo, son como partes de un gran todo, que es lo que se llama EL ESPACIO. El Espacio, viene a resultar de este modo, algo como el conjunto de todos los lugares en que pueden acontecer los fenómenos, y entonces decimos perfectamente convencidos: los fenómenos tienen lugar en el Espacio. Pero no hay que concebir esta entidad como algo susceptible de división alguna, ni que las partes, que artificiosamente llegamos a imaginar por conveniencia o convención, se diferencien de una manera fundamental las unas de las otras, no; el Espacio físico es igual en cualquier sitio; y a lo que tiene esta propiedad se lo designa con el calificativo de HOMOGENEO.

El Espacio es, pues, homogéneo, y en este caso, los fenómenos que acontecen en él, nos aparecen como perturbaciones de esa gran homogeneidad.

Así, si en una noche completamente oscura dirigimos la mirada al espacio, todo nos parece igual, pero si llega a brillar repentinamente una luz, la homogeneidad desaparece: el espacio continúa idéntico en todos los sitios, menos en aquel en que se divisa la claridad. Por tanto, si la luz no hubiera modificado el espacio en ese lugar preciso, no habiéramos tenido la sensación de un fenómeno. UN sencillo examen de la Naturaleza nos mostraría ejemplos repetidos de lo que acabamos de enunciar, y una simple reflexión de lo observado, nos llevaría a concluir; que los fenómenos no nos son perceptibles, sino por el hecho de que, en el lugar preciso en que suceden, el Espacio deja de ser homogéneo con relación al resto. Y así, para nosotros, un fenómeno no puede ser otra cosa, que una perturbación de la homogeneidad del Espacio.

Pero la idea de fenómeno encarna aún algo más; hasta aquí hemos asegurado que los fenómenos acontecen en el espacio, ahora bien, nada puede acontecer en el universo sino es en un momento dado, por tanto, el Tiempo o lo que llamamos Tiempo, debe entrar forzosamente en nuestras concepciones: **TODO LO QUE SUCEDE EN EL ESPACIO SUCEDE EN EL TIEMPO, Y TODO**

LO QUE SUCEDE EN EL TIEMPO TIENE POR SITIO EL ESPACIO. Espacio y tiempo son entidades completamente inseparables, la idea del uno implica necesariamente la idea del otro y viceversa, y si por medio de una ficción nos hemos acostumbrado a deslindarlas, no quiere decir que en realidad eso sea posible, sino, únicamente, que la imaginación puede contar al un factor olvidando al otro, pero de cualquier manera, no es más que un olvido, de tal suerte, que los hombres de ciencia, para interpretar debidamente los acontecimientos de la naturaleza, están en la obligación ineludible de tomarlos en cuenta conjuntamente, so pena de, al no hacerlo, no acertar precisamente en sus conclusiones: NO TENEMOS DERECHO DE SEPARAR LO QUE ES ESENCIALMENTE INSEPARABLE.

Por otro lado, dos sujetos que se manifiestan por la propiedad de ser inseparables por esencia, en realidad no forman dos sino uno, y lo que se dice ser UNO Y OTRO, no son más que dos aspectos de una sola cosa. Lógicamente no hay Espacio ni Tiempo, y lo único que existe es una entidad abstracta, resultante del concepto particular de las dos entidades anteriores, entidad que hasta hace poco no ha tenido un nombre especial, pero que ahora la llamamos EL ESPACIOTIEMPO, palabra que, como se puede ver, proviene de la soldadura de las dos parciales antes nombradas, y que tiene para nuestro espíritu un sentido bien determinado, mientras que, las mismas desligadas, no nos dicen nada de claro ni de comprensible: EL ESPACIOTIEMPO ES PERFECTAMENTE HOMOGENEO EN TODA SU EXTENSION.

Y ahora podemos modificar nuestros conceptos, y decir, que todos los fenómenos de la naturaleza acontecer en el ESPACIOTIEMPO, y que la única manera cómo éstos nos impresionan es, perturbando su homogeneidad; EL ESPACIOTIEMPO viene a ser, en consecuencia, EL TEATRO DE TODOS LOS ACONTECIMIENTOS QUE SON POSIBLES EN EL UNIVERSO.

IV

La Energía

Sabemos que el Espaciotiempo es una entidad física necesaria en la concepción del Universo y sabemos, también, que esta entidad no nos es concebible más que por los fenómenos que acontecen en su seno y que nos impresionan de diferentes modos: Sin fenómenos, jamás habríamos podido imaginar la existencia del espaciotiempo y más claro aún, son los fenómenos, los que, en nuestra conciencia, han creado la idea del referido Espaciotiempo. Pero los fenómenos no pueden producirse sin una razón, los acontecimientos, para ser una realidad, deben ser un efecto de algo, puesto que la ley de casualidad es universalmente reconocidas por todas las inteligencias. Si observamos un cambio, cualquiera que fuese, es porque en el sitio y en el instante preciso en que éste se produce, notamos que algo que antes no existía allí, se manifiesta, o porque algo que existía antes se ha mermado o modificado. La naturaleza íntima de ese algo que es la causa de todos los fenómenos nos es aún muy oscura; pero, como su existencia es indiscutible, es necesario conocerlo con un nombre muy preciso, y por eso se dice, que esa causa superior, que es la que produce todos los acontecimientos del Universo, es la ENERGÍA. En este caso, los fenómenos no son otra cosa que diferentes manifestaciones de la existencia de la energía universal: los fenómenos nos atestiguan de la veracidad de su existencia.

Y así como sin fenómenos jamás hubiéramos podido concebir el espaciotiempo, sin ellos, jamás nos hubiera sido posible afirmar que hay la Energía. También hemos dicho que el Universo era el conjunto de todos los acontecimientos etc., y para explayar esta idea, ahora debemos agregar, que la conciencia que nosotros tenemos del Universo, la debemos pura y exclusivamente, a la capacidad que tiene la energía de producir fenómenos, esto es, de provocar con su presencia, modificaciones, perturbaciones en la homogeneidad del espaciotiempo, modificaciones

y perturbaciones que son capaces de impresionar nuestros sentidos.

V

El Movimiento

Nosotros, pues, lo único que presenciarnos son fenómenos; la Naturaleza no se nos manifiesta de ninguna otra manera: los fenómenos nos hacen pensar que hay energía y nos conducen a concluir que todo acontece en ese algo que lo hemos llamado espaciotiempo, y si la energía no se manifestase a nuestra conciencia de ningún modo, para nosotros no habría ni fenómenos, ni espaciotiempo, ni nada; la energía es, por consiguiente, la causa de todas nuestras concepciones.

¿Cómo se manifiesta esta energía? Acabamos de decir que por medio de fenómenos; pero esta explicación se reduce a decir, más o menos, que la energía se manifiesta por la energía; y como el razonamiento antedicho pudiera no ser muy lógico, se hace necesario descubrir alguna exteriorización más tangible para dar mayor fuerza a nuestras conclusiones.

La energía se nos manifiesta bajo la forma de sonido, de luz, de calor, de electricidad, de gravitación, etc. Ahora bien, si nos detenemos a examinar el fondo de estas cosas, veremos que todo se reduce simplemente a movimientos, y aunque nos parezca muy diferente el oír y el recibir un choque eléctrico, en buenas cuentas la causa es parecida, y se reduce al hecho de que, algo que se movía ha llegado hasta nosotros. Poco nos importa por el momento saber lo que se ha movido, lo esencial es, que las sensaciones recibidas son el efecto de la agitación de algo. El asunto es tan claro que no hay para qué molestarse en buscar más ejemplos y por eso, bástenos saber que todos los fenómenos no son otra cosa que movimientos que nos impresionan de diferentes modos, según el mecanismo de nuestros órganos sensoriales; que la causa del movimiento es la energía y que por tanto, la idea del Universo nace en nosotros por medio del movimiento.

VI

Los Cuerpos

Hasta aquí hemos hablado de energía, de fenómenos y movimientos, una idea salta a la vista, y es, que si existe movimiento es porque algo se mueve.

Un examen superficial de lo que nos rodea nos muestra inmediatamente y con toda claridad lo que vulgarmente llamamos los objetos y que la ciencia llama los cuerpos. ¿Cómo nos impresionan los cuerpos? Vamos a verlo.

Nos encontramos en un cuarto oscuro, paseamos la mano y no tocamos nada, en seguida podemos decir: aquí no hay nada. Continuamos nuestro viaje, a tientas como los ciegos, y si de pronto notamos una resistencia que impide que la mano se pasee libremente, entonces decimos con toda seguridad: aquí hay algo; en este instante, la mano ha encontrado una diferencia entre el espacio que ha venido recorriendo y el sitio en que encontró la resistencia: concluimos que hemos tocado algo, porque el espacio que nos venía pareciendo homogéneo durante nuestro viaje, de pronto se modificó. Si continuamos palpando lo que hemos hallado, tendremos la impresión de que la perturbación persiste; mas si a fuerza de continuar nuestro viaje cesamos de encontrar la resistencia, diremos: tampoco ha habido nada más acá: en este instante, la homogeneidad perdida ha vuelto a aparecer.

Este algo que hemos encontrado es lo que se llama un cuerpo. La exploración efectuada nos indica por otro lado, que un sólo trecho ha sufrido la modificación, entonces, según nos parezca, podemos decir, si el cuerpo hallado es grande o pequeño; nace, pues, en nuestro espíritu la idea del volumen, que viene a ser para nosotros, la medida de la cantidad del espacio que nos pareció modificado durante el tiempo que pudimos contornea al objeto con la mano. Así mismo podemos concebir la idea de la forma, porque ésta no es más que la delimitación que observamos entre la región perturbada y la homogeneidad circundante.

La vista también puede darnos y con más exactitud esta idea del volumen y de la forma, pero el mecanismo es siempre parecido, pues se reducirá como antes a una modificación del espaciotiempo. Y así definiremos lo que es un cuerpo, diciendo, que es todo aquello que modifica o perturba la homogeneidad del espaciotiempo, produciendo en nosotros la idea del volumen.

De suyo se desprende que los cuerpos tienen también una cualidad esencial y característica, es la propiedad de poder moverse, porque, siendo idénticos entre sí todos los sitios del espaciotiempo, no hay razón para considerar, que únicamente el sitio en que percibimos un cuerpo tal, tenga la propiedad de contenerlo. Un cuerpo puede perturbar la homogeneidad citada en todos los lugares imaginables, y esto quiere decir que el cuerpo puede trasladarse o por lo menos que puede ser trasladado. Dicho sea de paso, que este transporte, que no es más que el movimiento del objeto, no nos impresiona sino por el hecho, de que la perturbación provocada por el cuerpo, no permanece en un sólo lugar sino que camina en una dirección determinada. El movimiento se define ante nuestra conciencia, con una modificación sucesiva y continuada de una porción del espaciotiempo, y va de suyo, que a la cantidad del referido espacio que nos parece consecutivamente alterada mientras dura el viaje del móvil, es lo que llamamos la trayectoria.

Un cuerpo incapaz por esencia de todo movimiento es un contrasentido: si consideramos un cuerpo en un lugar tal, es porque admitimos la posibilidad de que se puede encontrar en cualquier otra parte. La inmovilidad eterna y absoluta de un cuerpo, sería precisamente la negación de su existencia. Un cuerpo incapacitado de franquear en el tiempo, el espacio, no tendría razón de ocupar el sitio en que se lo miraría, porque ese sitio sería un lugar privilegiado en el espaciotiempo. Al concebir esto tendríamos el siguiente absurdo: todos los cuerpos que se mueven pudieran ocupar todos los sitios posibles menos el privilegiado, y el cuerpo inmóvil sólo este último y nunca los demás que son incalculables. Este cuerpo y este sitio

se encontrarían fuera del espaciotiempo, es decir, fuera del Universo, y eso es lo mismo que no existir.

Por último, el Universo se nos revela por el movimiento, la causa del movimiento es la energía, y los cuerpos son perturbaciones en el espaciotiempo que nos dan la idea del volumen y que además pueden moverse impulsados por la energía. ¿Serán los cuerpos simples móviles o no tendrán algo de común en esencia con la energía? Es lo que no podremos responder sino cuando hayamos estudiado lo que es la Materia.

VII

La Materia

Basta mirar los objetos que nos rodean para descubrir que no todos los cuerpos son idénticos entre sí: La madera no se parece a una piedra, una piedra a un animal y un animal a una estrella. La diferencia anotada debe necesariamente tener una explicación, puesto que todos los seres antedichos están comprendidos en la denominación de la palabra genérica de CUERPO.

En efecto, los cuerpos hasta aquí, tan sólo nos han impresionado dándonos la idea del volumen y como capaces de movimiento: todo lo que ocupa un volumen en el espaciotiempo y puede moverse en él, es un cuerpo; pero en los cuerpos no sólo notamos estas particularidades, sino que, bajo otro punto de vista, encontramos una serie de diferentes propiedades particulares, propias y distintivas para cada cosa, propiedades que son precisamente las que sirven para que nosotros diferenciamos los objetos con distintos nombres, como agua, alcohol, hierro, granito, y les demos cualidades que nada tienen que ver ni con la forma, ni con el volumen que ocupan, ni con la facultad de moverse, como el color, la dureza, el sabor, la solubilidad, etc.

De todo esto podemos deducir sin gran trabajo, que no todos los cuerpos están igualmente constituidos, o en otras palabras y con un ejemplo sencillo, que aquello que constituye el volumen de lo que llamamos un trozo de oro, no es de la misma naturaleza que aquello que consti-

tuye el volumen de lo que llamamos un trozo de cobre. En el lenguaje ordinario se expresa esta diferencia, diciendo que esto se debe a que, en un objeto hay una substancia y en el otro otra. Pues bien, substancia es lo mismo que materia: los cuerpos, por consiguiente, están hechos de materia, ésta nos impresiona de múltiples maneras porque posee un número inmenso de propiedades, al paso que los cuerpos sólo nos impresionan de dos modos: porque se mueven y porque ocupan un volumen determinado en el espaciotiempo.

Y así, hay tantos cuerpos como objetos puedan existir, pero no tantas clases de materia como cuerpos, porque hay muchos de éstos que pueden tener idéntica constitución, es decir ser hechos de la misma materia: un tubo de vidrio, un vaso de vidrio, una ampolla de vidrio, son cuerpos diferentes, pero en todos y cada uno no encontramos sino una sola y misma substancia.

Advirtamos además, que la palabra cuerpo puede traernos a la mente la idea de magnitud y de la forma: un cuerpo es grande o chico, esférico, cúbico, regular o irregular, etc.; la palabra materia o las palabras que indican una clase de materia, al contrario, no implican, ni remotamente ninguna magnitud ni ninguna forma; éstas indican únicamente, de un modo general y vago, lo que hay en los cuerpos que son de igual naturaleza por ejemplo, la palabra hierro indica exclusivamente, la substancia que se encuentra en todos los objetos que son hechos, natural o artificialmente, de este metal. Si se mira un trozo grande de hierro se mira un cuerpo que es de hierro, y si al mismo trozo se lo divide o se hace varillas con él, ya no se tiene un solo cuerpo sino varios, pero en todos se tiene la misma materia: todos esos objetos son de hierro: el hierro es una materia. Indicamos, pues, la materia cuando decimos de lo que es hecho un cuerpo, y por último, de todo lo dicho se puede concluir que hay una sola clase de cuerpos pero una gran cantidad de materias.

El examen somero que acabamos de hacer, nos manifiesta la pluralidad de la materia como una cosa indiscutible, porque, en efecto, nos parecen tan diferentes dos

objetos, como una fruta y una bala de cañón, que nuestra inteligencia se inclina, sin darse la pena de reflexionar y sin discusión, a admitir la multiplicidad de las clases de materia, y no sólo esto, sino que también acepta de igual manera, la idea de que la materia representa exactamente una realidad especial indiscutible y que es algo completamente distinto de la energía, siendo para ésta un simple vehículo que se mueve a expensa ajena.

Por otro lado la historia del saber humano nos muestra, que el darse cuenta perfecta de lo que es la materia, ha sido la preocupación continua de los hombres de ciencia y de los pensadores de todas las edades, por lo mismo, preciso es que examinemos los resultados obtenidos mediante esta labor sostenida y concienzuda.

VIII

Los Elementos

Los estudios han ido simplificando cada vez más la multiplicidad de la materia, y en nuestros días se ha llegado admitir que la infinita variedad de substancias que se observa en la naturaleza, no son sino modalidades de un reducido número de substancias, que por lo mismo, se las llama substancias primordiales o también **ELEMENTOS**, como se las denomina en lenguaje clásico. Estos elementos forman una lista de, más o menos, 92 nombres de materias primordiales, de cuya unión y relaciones, resultan todas las substancias existentes en el Universo.

A pesar de la distinción rigurosa que hemos establecido entre los conceptos de cuerpo y materia, a los elementos, que son substancias simples, se los llama también **CUERPOS SIMPLES**, de un modo poco apropiado, y esta confusión se nota aún en los tratados científicos de mayor aprecio, felizmente, que en el caso examinado, la confusión no acarrea grandes consecuencias, y más o menos da lo mismo que se diga sin distinción substancia simple o cuerpo simple, con tal que se sepa y comprenda bien la realidad a que uno se refiere.

La mayoría de las sustancias son, pues, simplificables, y cuando a fuerza de simplificación llegamos a una barrera decimos que hemos encontrado un elemento. Bien mirado el asunto, no tenemos ningún derecho de concluir que una sustancia sea verdaderamente primordial por el solo hecho de que no podemos simplificarla, esto pudiera corresponder a una realidad de la naturaleza, o simplemente demostrar la inutilidad humana que carece de medios adecuados para llevar a cabo una labor semejante: los adelantos modernos empiezan ya a justificar la segunda manera de ver.

Una teoría antigua, formulada con mucha sensatez, pretendía simplificar más la multiplicidad de la materia, y a todos los elementos los hacía derivar de uno solo; éste era el hidrógeno, por ser el menos pesado de todos los conocidos. De esta suerte, el hidrógeno venía a ser la materia en su más simple expresión, el verdadero substratum del Universo, del cual se había formado, por medio de mecanismos complicadísimos, todos los demás elementos y por ende todas las sustancias conocidas. Usando de una metáfora, se podía decir, que el único y verdadero poblador del Universo resultaba ser el hidrógeno. Algunas verificaciones efectuadas sobre los elementos, y de que nos ocuparemos más tarde, vinieron a contradecir esta preciosa teoría y fue, por consiguiente, relegada al olvido: era, hasta hace poco, una simple curiosidad que se la citaba en algún tratado de física o de química.

Ahora estamos en otras condiciones; en cierto sentido pudiéramos decir que hemos ido hacia atrás, porque los estudios modernos confirman, cada vez más, la veracidad de la antigua teoría, y aún, que las experiencias y las verificaciones que sirvieron para echarla abajo, carecen de valor para ello, y que más bien son confirmaciones de la antedicha teoría antes que negaciones y argumentos en contra. A esta teoría se la conoce en la ciencia con el nombre de su autor, que fue Prout, sabio inglés que vivió a principios del siglo pasado.

Nosotros no nos detendremos por el momento a considerar en detalle, las razones que militan en favor de las ideas de Prout; en el curso de este estudio encontraremos

múltiples ocasiones para hablar al respecto con alguna detención, y entonces veremos, como a medida del avance científico, la teoría en referencia, va encontrando plena comprobación.

IX

La Electricidad y la Materia

A juzgar por el sinuúmero de descubrimientos interesantes e inesperados que estamos presenciando en estos tiempos, es indudable, que actualmente atravesamos una época de revolución en el campo de la ciencia. Acabamos de anunciar la enorme simplificación que han sufrido los elementos, quedando todos reducidos a simples maneras de presentarse el hidrógeno, el único y verdadero representante de la materia universal. Pero la simplificación ha ido todavía más lejos, desde el instante en que nos hemos dado cuenta de la naturaleza de la electricidad; en efecto, el examen minucioso de los fenómenos que acontecen en el interior de los tubos productores de rayos X o de Roetgen, nos demuestra que la electricidad está formada de corpúsculos cuya pequeñez es extrema y que se llama los ELECTRONES, de tal manera que la corriente eléctrica no viene a ser otra cosa que el movimiento ordenado y orientado de ellos: La electricidad es pues de naturaleza granular, o en otras palabras, es una especie de materia.

Por otro lado, los fenómenos que se observan en el seno de las sustancias llamadas radioactivas, nos revelan a su vez, que la materia puede convertirse en electrones, es decir en electricidad; así, el radio, que es una de las sustancias radioactivas más conocidas, se transforma, después de un proceso largo y muy variado, en electricidad y en plomo. Por estos descubrimientos, la materia viene a ser una manifestación de la electricidad, o mejor: la materia es de naturaleza eléctrica.

No es todavía tiempo de detallar las experiencias y los fenómenos citados, más tarde, cuando hayamos entrado en consideraciones de mayor vuelo que el de estos capítulos preliminares de vulgarización, volveremos sobre nuestros pasos y entonces, expondremos al tratar de estos

asuntos, todas las razones que conducen de una manera fatal, a formular las conclusiones que acabamos de enunciar, esto es, la electricidad es de naturaleza granular y la materia es de origen completamente eléctrico.

Ahora bien, si la materia es de origen eléctrico, y la electricidad, no es, en suma, más que una manifestación de la energía universal, el problema de la constitución de la materia se simplifica enormemente, y el universo se nos presenta entonces con una grandiosidad única, puesto que desaparece el antiguo dualismo de la fuerza y la materia, dos entidades que hasta hace poco se las consideraba distintas, a pesar de que, en todas las épocas se las ha creído inseparables por esencia. El universo se nos presenta más sencillo, más comprensible, más sublime, con la unidad que acabamos de descubrir: la materia es una manifestación de la energía.

Estas conclusiones por extraordinarias que parezcan, son las consecuencias innegables de los descubrimientos modernos, que han sido tan sorprendentes, a pesar de que, no hace mucho tiempo que se trabaja por la solución del problema que tratamos.

El nuevo concepto es de un interés capital, puesto que viene a modificar desde la base el antiguo que se ha tenido acerca de la materia, y a decir verdad, a pesar de la sencillez que nos ofrecen las nuevas ideas, el sentido común no las acepta tan fácilmente, porque, la materia reduciéndose a energía, no podemos imaginar, cómo de ésta, pueda resultar algo que represente un volumen. Pero esto es debido a que estamos acostumbrados, por razón natural, por sentido común, a dar un valor exagerado y muy real a las indicaciones de nuestros sentidos, sin considerar que los sentidos no nos dan la imagen de la realidad absoluta, sino cada cual a su manera, es decir, conforme al mecanismo de su organización. Y así, admitimos con disgusto que la luz no sea claridad y el sonido sonoro, y sin embargo, la luz y el sonido no son sino simples movimientos sin coloración y sin tonalidad, movimientos que llegan a impresionar bajo la forma de la referida luz y del nombrado sonido, sólo cuando hay un ojo capaz de ver y un oído capaz de oír: la luz y el sonido no

corresponden en la naturaleza a las indicaciones de nuestros sentidos, y si exclusivamente nos guiáramos por sus indicaciones en nuestro estudio del universo, jamás hubiéramos podido descubrir que ambos fenómenos son simples movimientos, para los cuales, nuestro organismo reacciona de diferente manera: para la vista, la luz es sólo la claridad, y para el oído el sonido, es sólo el ruido

Pero la idea del volumen es todavía más arraigada porque nos parece más natural; son los sentidos del tacto y de la vista los que nos dan esta impresión que la consideramos absoluta. Estamos tan convencidos, por razón natural, de la veracidad de estas indicaciones, que concluimos sin la menor sombra de duda, que lo que vemos y palpamos como volumen, corresponde exactamente a lo que percibimos. Sin embargo, no tenemos ningún derecho de concluir que así sea, puesto que, el volumen, a la par que la claridad y el ruido, no son sino simples impresiones subjetivas, transmitidas por nuestros sentidos y que al llegar al cerebro producen en el individuo, estados de conciencia diferentes en cada caso particular.

La concepción de la materia como una manifestación especial de la energía universal, por las razones expuestas, ya no presenta el contrasentido que anotamos más arriba, pues ahora no la concebimos como un simple vehículo, provisto de volumen real, capaz de ser movido en el espacio, sino como una modalidad de la energía, que al impresionarnos crea en nosotros la idea del volumen o del espacio ocupado. De modo que, el sonido es un movimiento que nos impresiona bajo la forma de ruido; la luz, una modalidad de la energía, que en nuestra conciencia produce la idea de la claridad; la materia, otra modalidad, otra manifestación de la misma energía, que al impresionarnos nos da la idea del volumen, la forma, etc., y así de todas las manifestaciones energéticas.

Si bien se reflexiona, este nuevo concepto es más claro aún que el antiguo, y hasta se encuentra más conforme con una lógica rigurosa, pues es verdaderamente arriesgado afirmar de un modo categórico que el volumen de los cuerpos es lo que hemos creído, pura y exclusivamente porque así nos dicen nuestros sentidos.

X

Transformaciones de la Energía

Acabamos de decir que la energía se manifiesta de diferentes modos, pero lo más interesante que podemos observar es que, cada una de las manifestaciones es susceptible, de transformarse en las demás. Los ejemplos abundan aún en los tratados más elementales de física o química. Todo el mundo sabe, que para producir trabajo por medio de una máquina es necesario proporcionarle energía bajo cualquier forma, por ejemplo, bajo la forma de calor; en este caso, es el calor el que se transforma en trabajo, éste, a su vez, puede transformarse en electricidad, la electricidad en luz, en calor etc. Si la materia es una manifestación de la energía, se comprende, que también sea posible pasar de ella a otra clase de energía y viceversa; el primer fenómeno hemos visto que se realiza en las transformaciones radioactivas, si bien es cierto, que el hombre, no puede influir en nada ni para acelerar ni para retardar la marcha del fenómeno. Además de esto, en muchos otros casos podemos presenciar la emisión de electrones de la materia. El paso contrario, es decir la creación de la materia por medio de la energía es aún bastante obscuro, porque la naturaleza no nos muestra, claramente a nuestra vista, ejemplos en ninguna parte. Y en este caso nos reducimos a comprender el asunto por medio de una hipótesis, y a decir, que por un proceso desconocido para nosotros, la naturaleza es capaz de efectuar y que efectúa aquella transformación. Y al asegurar esto no podemos andar mal orientados, puesto que somos testigos del fenómeno inverso, es decir, de la degradación de la materia en los fenómenos radioactivos; si éstos son una realidad, como efectivamente lo son, es evidente que debe ser factible la transformación correlativa.

Además de lo expuesto, cuando hayamos examinado la nueva teoría de la Relatividad y sus consecuencias, veremos que este misterio empieza ya a esclarecerse, y eu-

tonces, valiéndose de argumentos de orden físico y filosófico expondremos también nuestras ideas personales a este respecto.

XI

El impulso del Universo es constante

Si es un hecho indiscutible que las diferentes formas de la energía se transforman las unas en las otras, es un asunto de la mayor importancia, saber cómo se efectúan esos cambios y qué relación guardan entre sí las diferentes manifestaciones energéticas, cuando se pasa de las unas a las otras. Aquí, la experiencia ha dado una respuesta clara y terminante, y ha conducido a la formulación de un principio, de una ley, que hasta ahora cuenta como la conquista más grande efectuada por la inteligencia humana.

El principio citado es el que se conoce en las ciencias físicas con el nombre de «el principio de la conservación de la energía» denominado, también, «el principio de Mayer».

Esta ley, como todas las leyes físicas, es una conclusión lógica basada en millares de experiencias concordantes en resultados; porque no es otro el camino que sigue el espíritu para formular sus principios generales: el hombre hace sus experiencias, y cuando advierte que un fenómeno se repite, se reproduce, cada vez que se coloca en circunstancias semejantes, cree que ha descubierto una ley de la naturaleza, que no es otra cosa que una simple relación de causa a efecto. Y el espíritu tiene perfecto derecho de hacer esta generalización, es decir, de sacar una conclusión generalísima después de observar un número limitado de hechos, porque como es fácil darse cuenta, el hombre se encuentra en la imposibilidad absoluta de observar todos los casos del universo. Así, para sacar la conclusión de que los cuerpos caen con dirección al centro de la Tierra, no necesitamos mirar la caída de todos los cuerpos que caen o que son capaces de caer, nos basta observar un número limitado, finito, de acontecimientos análogos, que siempre es pequeño en comparación con el

número infinito de hechos de la misma naturaleza, que son posibles en el universo. Y la ventaja que ofrece esta generalización que hacemos, es que, una vez formulada la ley, podemos adivinar, predecir, los acontecimientos, así, si tenemos una piedra en la mano, estamos seguros que ésta caerá cuando dejemos de sostenerla: una vez formulada la ley, los demás casos particulares que se observen vienen a ser simples confirmaciones de la ley descubierta.

Este acto del espíritu que nos permite generalizar de la manera indicada, está sujeto a reglas fijas y bien determinadas, a fin de que las conclusiones extraídas por este mecanismo, sean verdaderamente válidas y puedan tener la fuerza de una ley natural. Los tratados de lógica abundan en detalles sobre este particular, que en lenguaje filosófico se llama la inducción: para inducir bien hay que seguir las reglas de la lógica.

Dijimos en uno de los capítulos anteriores que las diversas formas de energía se podían transformar las unas en las otras, esto es tan exacto, que la experiencia nos dice, que cuando vemos aparecer en un lugar cualquiera una forma de energía, es porque en ese mismo sitio o en algún otro ha desaparecido otra cantidad de energía en alguna otra forma. Y la equivalencia es tan exacta, que si con una cantidad A de calor hemos obtenido una cantidad B de trabajo, se puede obtener con la cantidad B de trabajo, la cifra A de calor. En la práctica jamás notamos una correspondencia tan exacta, pero es debido únicamente a la imperfección de nuestras máquinas, en las que es imposible evitar los frotamientos, las trepidaciones etc., pero lo que sí nos dice la misma práctica es que, a medida que se perfecciona una máquina, ésta se acerca cada vez más a esa correspondencia ideal.

Las diversas formas de energía se corresponden, pues, cuantitativamente; todas tienen sus equivalentes numéricos, y como la materia es también una clase de energía, ella tiene también un equivalente bien definido en trabajo, en calor etc.; así, un gramo de materia vale 9280 mil millones de kilográmetros, y en calor, 22 mil millones de grandes calorías, siendo el kilográmetro el equivalente a la cantidad de energía que se gasta para subir un kilo de

peso a un metro de altura, y la gran caloría, la cantidad de calor que se requiere para elevar la temperatura de un litro de agua, de 0 grados a 1 grado o de 1 a 2 o en una palabra, de un grado su temperatura. Como se puede apreciar, el equivalente energético de la materia, es enorme, pues es la forma de energía más condensada que conocemos; con la cantidad de energía que representa un gramo de materia, pudiéramos elevar a una altura de 928 metros, un peso de 10 millones de toneladas, y esta energía convertida en calor equivaldría a la combustión de un poco más de 3 millones de kilogramos de hulla.

De lo anteriormente expresado se desprende claramente, que en el universo no somos testigos ni de creación ni de aniquilamiento de energía; lo único que podemos observar es una eterna transformación de unas formas en otras formas, y en cantidades absolutamente, matemáticamente, que se corresponden con la más escrupulosa rigurosidad. Valiéndonos de un ejemplo muy usado en los libros de difusión científica, diremos que todo sucede como si nos pagaren una deuda con un billete de diez sucres, que nosotros pagáramos a nuestra vez a un acreedor, la misma suma, pero cambiando el billete en 10 soles, que nuestro vecino pagara también a otro, pero reduciendo los soles a monedas de cobre, y que, por fin, el último vecino fuera al banco con sus piezas de cobre para que le devuelvan en cambio un billete de 10 sucres. Así la energía puede pasar por todos los estados posibles, pero sin aumentar ni disminuir en cantidad, de tal modo, que haciendo el balance de tal cantidad de energía existente, encontraríamos que siempre es la misma: la energía se conserva intacta en cuanto a su cantidad.

Esta gran conclusión la hemos sacado de la experiencia y la hemos elevado a la categoría de una ley universal e indiscutible, y como los casos particulares que seguimos observando diariamente no la contradicen nunca y más bien la confirman, podemos estar seguros que hemos descubierto una verdad.

Por otro lado, recordemos que dijimos en otro lugar, que la energía se nos manifestaba siempre por medio del movimiento teniendo en cuenta esta idea, diremos, que

energía es todo aquello que se mueve o es susceptible de producir movimientos. Se concibe, pues, que en el universo hay una capacidad, una potencia de empuje, de impulsión determinada, y como ésta no se acrecienta ni se aniquila, se dice que el **IMPULSO O EL EMPUJE DEL UNIVERSO ES CONSTANTE**. Y dicho sea de paso, y como se verá más tarde, este último enunciado conviene más a la índole de la ciencia moderna.

XII

La Ciencia

Dada la naturaleza del hombre, que con razón se lo califica como al sér racional único y por excelencia, la investigación es una necesidad del cerebro, que demanda satisfacción, con tanta urgencia, como el estómago reclama el alimento que sirve para restaurar y vivificar hasta las más nimias reconditeces del organismo viviente; la investigación es el pan de la inteligencia humana.

En los seres inferiores al hombre, también se puede notar vestigios de esa necesidad: todos los animales buscan lo que les es menester, y cuando no lo encuentran, ellos, a su manera, se dan los modos posibles para obtener satisfacción. El animal casero que huele el alimento escondido, mete la pata en el cajón para poder alcanzarlo, o da vueltas escudriñando con el hocico para tratar de descubrir si la indicación que le da el olfato, corresponde a una realidad que se oculta; es porque se ha dado cuenta de que, cada vez que se huele una cosa es porque ella existe en las cercanías. Pero los animales, con su cerebro imperfecto, no han llegado a sospechar que todo obedece a una causa precisa, ellos lo saben sólo en lo que se relaciona con sus necesidades bestiales, como son entre otras, la de comer y la de reproducirse. Su cerebro no les permite suponer una causa para todo, y por ende, no les puede interesar la razón de ser todas las cosas, ni mucho menos sentir la curiosidad de conocerla, y esto, aún en ciertos casos en que pudiera servirles para salir de verdaderos apuros,

de una manera rápida y elegante, como suele acontecer con el hombre.

A este respecto recordamos haber visto en la ciudad de Lyon, un hermoso ejemplar de mono superior que gozaba de merecida fama de gran inteligencia. El animal ejecutaba cosas verdaderamente inverosímiles, pero era de verlo, cuando por casualidad se le enredaba el cordón de la bota en el momento de desvestirse. Jamás se le ocurría ni mirar siquiera la causa que le impedía continuar la operación, y seguía tirando desafortadamente de la reata, sin considerar el ridículo en que voluntariamente caía y los aprietos del amo que corría al instante en su ayuda. Para deshacer un nudo ciego, se necesita seguir un proceso lógico, y el animal no tiene inteligencia para seguirlo con todo el rigor que se requiere en este caso: el animal tiene capacidad tan sólo de investigar en circunstancias muy especiales, y por añadidura todavía investiga mal, porque la lógica, que le da su cerebro es una lógica rudimentaria y por consiguiente, insegura y engañosa.

Sólo en el hombre se nota esa necesidad ineludible de querer saber el por qué de las cosas, y es, porque tan sólo él, ha sido capaz de descubrir que todo tiene su razón de ser, que todo obedece a una causa y que aún en los casos en que ésta no aparece, se la puede encontrar por medio de la investigación lógica. Por otro lado, el hecho de descubrir ha llegado a ser la voluptuosidad más notable para el espíritu, de ahí que el hombre busca lo que está oculto con la satisfacción más grande y muchas veces, aún sin otro interés que el único y abnegado de saber.

Todos los hombres investigan más o menos, pero en todos, aún en aquellos en que su estado primitivo no les ha permitido un enorme desarrollo intelectual, se nota un marcado, un manifiesto orden lógico en sus operaciones de rebusca. La razón es, porque el poder de investigación, que es la fuente de todo descubrimiento, es para el ser humano, cualquiera que sea su condición de adelanto, el arma más poderosa en la lucha por la vida, de ahí que esta potencia haya llegado a perfeccionarse hasta el extremo que en las razas civilizadas llamadas, superiores, ha llegado a ser una verdadera maravilla, algo así como una fuerza so-

bre natural que permite ejecutar milagros: la investigación es una necesidad del cerebro, y el darse cuenta del por qué de las cosas es una función completamente humana.

Ahora bien, investigar es lo mismo buscar, es lo mismo que dedicar las actividades al descubrimiento de las causas que motivan los acontecimientos de que somos testigos en la naturaleza, es lo mismo que enfocar sus facultades para satisfacer aquel afán, innato ya el hombre, de llegar a conocer la verdad, que es tanto más cara y embriagante, mientras más oculta ha permanecido y mientras más trabajo ha requerido el sacarla a relucir. Pues bien, de aquella necesidad, de aquel afán, y de ese poder que tiene el hombre de buscar lo desconocido, de saber cada vez más, de acercarse, de conocer la verdad, ha nacido la ciencia, que no es otra cosa, que el estudio paciente, racional y concienzudo que hacemos de todo lo que nos rodea y observamos, para explicar el por qué, es decir la causa de todos los fenómenos que presenciamos en el universo.

Pero, para la conquista de la verdad, el hombre debe dejarse guiar por los métodos que le indica la lógica, so pena de perder el tiempo en tanteos inútiles y de perderse también en el dédalo intrincado de los fenómenos observables, de tal suerte que una conclusión será tanto más segura de aproximarse a lo justo, cuanto menos nos hayamos apartado de la lógica, ora para el descubrimiento, ora para la explicación de los fenómenos, ora para las consecuencias que hagamos desprender de los hechos observados.

De suyo se desprende que, como resultado positivo de este constante trabajo de investigación, el hombre se pone en contacto íntimo con la naturaleza, la comprende mejor y le va arrancando poco a poco sus secretos, de ahí que la humanidad va dominando paulatinamente las fuerzas naturales y que las va poniendo a su servicio bajo la forma de múltiples aplicaciones a la vida práctica, que contribuyen poderosamente para el bienestar social e individual. La ciencia no sólo es, por consiguiente, el alimento del alma, la satisfacción más delicada de la inteligencia ávida de luces, sino también la fuente de todas nuestras comodidades y el principal factor del progreso y poderío de la es-

pecie humana: por la ciencia, el hombre ha llegado a llamarse rey del universo mundo, a vencer plenamente a todos los enemigos que han salido a su paso durante su larga existencia en el Planeta y por ella, ha logrado esclavizar a todo cuanto respira vida sobre la faz de la Tierra, ha conseguido dominar a su antojo a la mayor parte de los elementos, dirigir las fuerzas naturales y encadenar casi todos los flagelos que han venido sembrando el pánico en el transcurso de los tiempos: la ciencia es el arma más poderosa de que dispone el hombre para imponerse ante los otros seres y para ser feliz mientras dura su existencia.

Es por este lado práctico que la ciencia interesa a la mayor parte de los hombres, mas, si esto es mucho y muy loable, la ciencia, considerada bajo este punto de vista, pierde aquella idealidad sublime, arrobadora, divina, que le caracteriza cuando se reduce únicamente a la satisfacción vaporosa de la necesidad racional y suprema de saber, y a la voluptuosidad espiritual e inaudita de descubrir. Para nosotros, pues, que hemos iniciado estos capítulos de vulgarización, sin más miras que las de la ciencia por la ciencia, en su más pura expresión, y las del saber por el saber, la ciencia será, simplemente como ya se dijo al principio, el estudio lógico de la naturaleza, encaminado al fin exclusivo del descubrimiento de la verdad.

Pero también hay que decir, que si bien la ciencia viene descubriendo incesantemente las verdades ocultas, a pesar de ello, el enigma del universo persiste en su punto para la inteligencia humana, sin embargo, la labor de la ciencia no es inútil ni aún por este resultado, porque a medida que los estudios avanzan, ella no da una visión más clara de la constitución del universo. La ciencia, pues, descubre verdades, pero no es la expresión de la verdad de las verdades, ni nos pone de manifiesto la causa suprema de las cosas. Muchas veces la hemos visto deshacer su trabajo, abandonar lo que había consagrado antes para seguir otros derroteros, porque sucede con frecuencia, que, a pesar de que procura estar en sus trabajos en conformidad con la más estricta de las lógicas,

no lo está siempre, ya por la imperfección de nuestros órganos sensoriales, ya por las ideas preconcebidas de la mayor parte de los investigadores, o por cualquier otra causa. Y entonces, acontece, o que se observa mal o que se interpreta peor lo observado; de ahí los errores en que ha incurrido la ciencia por más de una vez, pero la ciencia tiene la virtud de reconocer sus faltas; su lema es: adelante.

La verdad absoluta es un ideal, y sabido es que al ideal no se lo alcanza, por más que caminemos hacia él y por más que nos atraiga: la belleza es el ideal del artista y la verdad, el del hombre de ciencia; jamás se dejarán tomar con la mano, y desgraciado el día en que esto sucediera, porque la vida se trocaría en insípida y monótona, por la falta de emociones.

Julio Aráuz

(Continuará)

X

INGENIEROS

A propósito de la muerte de José Ingenieros, desgracia lamentada por todo el continente Latino-Americano, reproducimos, tomándolo de «Renovación», el notable artículo siguiente:

Tarea difícil es por cierto hablar de un maestro competente y sabio, que indicó a la juventud el camino verdadero y único a seguir para que cada joven llegue a ser *simplemente el más virtuoso de sus contemporáneos*.

Llamamos a Ingenieros maestro, porque para nosotros es maestro todo aquel que enseña la ruta de la virtud, que dice la verdad aunque ella ofenda y lastime, que indica la justicia; en fin, que ha consagrado su vida entera en aras de ese gran ideal que consiste en educarse a sí mismo y en educar a sus contemporáneos; ese hombre es el único que merece el título de maestro. A esa categoría pertenecen Sarmiento, Agustín Alvarez e Ingenieros.

Obra de maestro, amplia y generosa, fuente inagotable de ideas sanas en la cual la juventud se educa y los hombres maduros se reeducan, tal la obra de Ingenieros.

Combatió en sus escritos la hipocresía, una de las virtudes de los hombres *honorados*; la rutina, que recibe de los *grandes y magnates* el nombre de progreso y civilización, y la domesticidad a la que se quiere tener por sinónimo de mansedumbre y modestia; atacó fuertemente esas *virtudes* de la sociedad contemporánea, e indicó a los jóve-

nes los errores que engendran, para que los eviten y eduquen *libremente su ingenio, su virtud y su dignidad*. Tal es el fin que Ingenieros se propuso en el *Hombre Mediocre*, y consiguió su intento. Esa obra señala y toca las llagas de la lepra social; en ella habla del mal de nuestra sociedad contemporánea, de esos seres que "*desfilan ante nosotros como simples ejemplares de historia natural, con tanto derecho como los genios y los imbéciles*", *mediocridades que se confunden con el "alma de la sociedad"*, piensan como ella, meditan y en un todo son la sombra de la sociedad en la que les es dado vivir, mejor dicho, vejetar; son incapaces de dar un paso más que la sociedad en que se encuentran, no tienden a conseguir el adelanto de su ambiente, no piensan en su perfeccionamiento, todo les parece bien, en una palabra, son indiferentes; para esos seres no existe la gloria, sólo piensan en el éxito.

Esos hombres llaman a los *hombres superiores*, a los genios, a aquellos que caminan a la vanguardia de la humanidad, que indican el camino a la sociedad, que dan luz a los espíritus, locos que no saben lo que quieren ni lo que dicen. Locos, sí, pero que andan de cara al sol de la verdad y cuya sombra sirve de morada a los que constituyen la *honradez social*.

Señálase en el *Hombre Mediocre* la *honradez social*, su verdadera estructura psicológica, sus vicios y pasiones viles. No solamente en esa obra Ingenieros anotó vicios y pasiones, hipocresía y domesticidad, sino que explicó y dió a conocer la verdadera virtud, la verdad, única base de la grandeza moral de los individuos y de las colectividades.

Al hablar de la virtud en el Cap. III, es imposible que el lector no se sienta con anhelos, con deseos de ser virtuoso, de querer dejar esas prácticas que prostituyen la virtud, que la degeneran y la transforman en hipocresía, en un miedo a los castigos y al *qué dirán*, en fin, en una rutina. *La honestidad, es una imitación; la virtud es una originalidad. Solamente los virtuosos poseen talento moral y es obra suya cualquier ascenso hacia la perfección; el rebaño se limita a seguir sus hue-*

llas, incorporando a la honestidad banal lo que fue antes virtud de pocos.

En *Hacia una moral sin dogmas* Ingenieros se eleva sobre lo común de los escritores nacionales y sólo con Agustín Alvarez comparte el honor de ser uno de nuestros moralistas de la magnitud de Emerson y Horaceo Mann.

La moral sufre las evoluciones progresivas de la sociedad y *"sólo así llegará a independizar la conciencia moral de la humanidad de todo dogmatismo teológico o racional, demostrando que la moralidad es un resultado natural de la vida en sociedad"*, quedando de este modo condicionadas todas las *"relaciones entre el individuo y la sociedad"* por los derechos y deberes mutuos.

Los diversos pueblos que han habitado la tierra, han tenido una moral propia y han dado valores a sus actos morales, los cuales han variado con la experiencia que iban adquiriendo y con el progreso que experimentaba la sociedad de esos pueblos: *"Partiendo de ello, se trata de plantear el estudio de la experiencia moral como una pura y simple historia de las costumbres"*.

Del estudio de esas experiencias y de todas aquellas que han de enriquecer el conocimiento del hombre, parten todos los deberes y derechos del individuo y de las colectividades *"es decir, todo lo que es obligación y sanción, relativo siempre a cada sociedad"*.

El libro *"Hacia una moral sin dogmas"* indica el verdadero camino de la moralidad libre, estableciendo sus fuentes y sus bases y conjuntamente con el *"Hombre Mediocre"* debe ser la senda que todos estamos obligados a recorrer para llegar al ideal que se propuso el autor al concebirlo y al darlo a conocer, es decir, que cada uno llegue a ser *"el más virtuoso de sus contemporáneos"*.

* * *

Ingenieros en *"Simulación en la lucha por la vida"* hace un estudio de patología mental; es la primera de sus obras y en ella se revela un observador profundo y de

vasta preparación. Con "Simulación de la locura" y "Le langage musical et ses troubles hystériques", e "Histeria y Sugestión", desarrolla un programa de estudios psicopatológicos de grandes proporciones.

Y con el libro "Criminalología" entra de lleno en el estudio de la criminalidad, de la clasificación de los delinquentes según su psicopatología, de las leyes, de los medios de reeducación. En estas obras hace una serie de estudios científicos basándose en las experiencias modernas y personales, llevando todas ellas, siempre, el sello característico de su talento genial.

* * *

Ingenieros sabía muy bien que para que las ideas nuevas, sanas y limpias de toda tradición que encadena al espíritu humano puedan triunfar, deben propagarse, pero no entre los hombres maduros a los cuales es difícil hacerles dejar el error en que se hallan, sino que deben darse a conocer a la juventud que siempre está pronta a recibir la savia que ha de producir frutos óptimos en sus espíritus y con tal motivo ha compendiado en un libro las teorías de Ameghino, explicándolas, y lo ha dedicado a los maestros para que realicen obra proficua. Tal fué el fin educacional que se propuso con "Doctrinas de Ameghino. La Tierra, La Vida y El Hombre".

* * *

No podemos dejar de citar "Crónicas de Viaje". En él se relatan las sesiones del V Congreso Internacional de Psicología, y también da a conocer sus impresiones sobre cosas de Italia, España y Francia. Es realmente magistral la descripción que hace Ingenieros de la "temporada lírica de Mascagni"; pero el capítulo que más impresiona y deja en el espíritu un fuerte sabor de melancolía y grandeza, como los versos de Musset, es el titulado "Evocaciones de Roma". Leyéndolas, uno vive, camina,

y siente con el escritor; cree hallarse en la inmensidad de la Roma pagana. Al hablarnos de Jesús y Federico es una verdadera evocación que hace, en ese paralelo que traza entre ambos, al decir: "*En San Pedro se enseña la moral de Jesús; en el Panteón podría dictar la suya Federico*". Todavía es mayor la impresión que experimenta el espíritu al leer estas frases: "*Y en la negrura del crepúsculo, maciza ya, vimos perderse poco a poco el domo de San Pedro. Pero sobre el cielo más intenso que la noche misma, aún recortaba netamente su silueta semicircular el domo del Panteón, símbolo en esa hora, presagio en los siglos*".

* * *

Una serie de ensayos y artículos, trabajos de la juventud, se hallan reunidos en los libros de Ingenieros, que llevan por título "Psicopatología en el Arte", "Sociología Argentina", "La Locura en la Argentina". Estos libros, formados por la reunión de artículos y ensayos, conservan la unidad de forma y fondo por el estilo y por las ideas; nada desmerecen la obra verdaderamente filosófica y científica de Ingenieros.

* * *

"Principios de Psicología", obra fundamental de la producción de Ingenieros, es una *introducción al estudio de la psicología*. En ella estudia *la formación natural de las funciones psíquicas* en la evolución de la especie, de las sociedades humanas y de los individuos. El método genético aplicado por Ingenieros al estudiar la psicología lo lleva a considerarla como una ciencia biológica. Este mismo método, aplicado a las disciplinas filosóficas y sociales, le permitió reconstruir la formación de la lógica, la moral, la estética, la sociología, el derecho, etc., y estudiarlos como ciencias naturales sustentadas por la psicología. Queda, pues, la psicología para Ingenieros como una ciencia natural.

*
* *

En "La evolución de las ideas argentinas", Ingenieros pasó revista a toda la historia narrativa argentina y la encaró bajo el aspecto científico; hasta hoy nuestra historia no era más que una narración, una descripción brillante y literaria más o menos amena, que da a conocer batallas y anécdotas de las épocas y personas que han pasado.

Ingenieros en esta obra rompe con ese concepto clásico de la historia tomándola bajo el aspecto filosófico-científico que es el verdadero y único que debe poseer la historia; nuestro país carecía de una historia científicamente hecha, pues las que poseemos si bien es verdad son obras buenas, llenas de méritos por sus formas literarias, por sus descripciones detalladas e impresionantes, dejan bastante que desear cuando se las quiere hacer entrar en el concepto que de la historia poseen Flint y P. Lacombe, los cuales han colocado a la historia dentro de las ciencias bien definidas.

"La evolución de las ideas argentinas" explica filosóficamente la historia argentina, deja a un lado esa serie de detalles que más sirven para oscurecer las inteligencias que para aclarar o explicar los "por qué".

"La evolución de las ideas argentinas" puede considerarse como una "Historia de dos filosofías políticas", por ser dos las tendencias que en nuestro país luchan por el dominio, por ser dos los principios que se disputan por conseguir la hegemonía popular; lucha que fué casi insensible antes de la gran guerra, pero que después de ella ha tomado un carácter enérgico y hasta podríamos decir violento. Es una lucha entre dos ideas. Esas luchas son históricas en nuestro país y también pertenecen a todas las naciones del mundo.

Ingenieros en esa obra historia las luchas entre esas dos filosofías o morales políticas a través de nuestro pasado, principiando en la época colonial para terminar en nuestros días llenos de esperanzas y deseando el triunfo del ideal sobre la rutina, del porvenir sobre el pasado. Esta

eterna lucha que llena nuestra historia es colocada en su serie histórica mundial. La "Universidad del fenómeno histórico", en toda su integridad, por vez primera fué estudiada para nuestra historia por Ingenieros.

"La evolución de las ideas argentinas" satisface dos necesidades: una de nuestro ambiente cultural, y la otra, la que deseaba el autor, servir para que los jóvenes, aunque sea un pequeño y selecto grupo, ahondaran en el pasado para militar en el presente y prever el porvenir.

* * *

La obra filosófica de Ingenieros culminó en "Proposiciones relativas al porvenir de la Filosofía". La filosofía para Ingenieros, ante todo, es ciencia; no es, sin embargo, una ciencia de las ciencias o una filosofía de la ciencia, como suele afirmarse; es una metafísica de la experiencia. La filosofía científica de Ingenieros es un *sistema de hipótesis legítimas, concordantes con los resultados generales de la experiencia que se propone explicar los problemas que permanecen fuera de la experiencia.*

La historia de la filosofía, a la que había dedicado los años que van de 1911 a 1918, le sedujo y publicó "Emilio Broutroux y la Filosofía Universitaria en Francia".

* * *

En los "Archivos de Psiquiatría, Criminología y Medicina Legal" (XII volúmenes de 720 páginas, 1902 a 1903) se hallan recopilados los estudios clínicos de las enfermedades mentales y nerviosas que realizó Ingenieros durante la primera parte de su vida médica. Estudios éstos que sirven como modelos cuando ha sido dado observar casos semejantes a los estudiados por él.

La "Revista de Filosofía", con plan amplísimo, es una enciclopedia ideológica americana; puso en contacto a los mejores talentos de nuestro continente y trabajó, bajo

el impulso generoso de Ingenieros, para orientar la nueva cultura de estos pueblos nuevos. El pensamiento científico, educacional y filosófico de la América-Latina desde 1915, año de la fundación de la "Revista de Filosofía", contó con un órgano que le sirvió admirablemente en sus anhelos de acercamiento y fraternidad.

"La Cultura Argentina", tesoro cultural nacional, es una de las empresas educacionales más grandes del mundo y única en el continente. Ingenieros con "La Cultura Argentina" hizo obra verdaderamente nacionalista, poniendo al alcance de todos, ricos y pobres, las obras de los pensadores nuestros que gestaron la nacionalidad. Esa empresa cultural es uno de los méritos más grandes y más puros de Ingenieros ante la posteridad.

* * *

Las ideas de Ingenieros, con ser tan intensamente argentinas, no se detienen en límites locales o regionales; su horizonte geográfico y su horizonte histórico se ensanchan en el espacio y en el tiempo. "Los Tiempos Nuevos" es esa obra que amplifica el nacionalismo de Ingenieros, y pone de manifiesto el sano optimismo que lo animaba ante el incierto despertar de los pueblos después de la gran contienda. Es una interpretación sociológica de los resultados mundiales de la guerra europea, a la vez que una generosa contribución al estudio del gran experimento social iniciado por la Revolución Rusa. Ingenieros desde los primeros días del conflicto llamó a la gran guerra "el suicidio de los bárbaros", entendiendo que el militarismo europeo, considerado como último resto del feudalismo, tendría por consecuencia natural el agotamiento del régimen que había culminado en el prusianismo. Frente a ese mundo suicida, tomaría mayores alicentos el liberalismo democrático iniciado por la Revolución Francesa, hasta encontrar formas de equilibrio social. Estas ideas, expuestas varias veces durante la guerra, tenían que hacer suponer que su terminación coincidiría con un gran movimiento mundial, de reformas más o menos socialistas.

Fué, por lo tanto, con toda lógica que Ingenieros tomó frente a la Revolución Rusa una posición de simpático optimismo, tratando de observar los nuevos principios políticos, económicos y educacionales que en ella se procuraban ensayar.

La idea política central de Ingenieros es el perfeccionamiento del sistema representativo, para hacer efectiva la soberanía popular. Para esto considera conveniente reemplazar la representación de los grupos políticos por la representación de las grandes funciones sociales, técnicamente organizadas. En eso consiste la transformación de la imperfecta democracia política por la democracia funcional. Con claridad sorprendente desarrolla Ingenieros los principios del funcionalismo, cuyos antecedentes hace remontar al gran sociólogo De Greef. Esta idea, cuya lógica es innegable, ha tenido muchos precursores.

Son superfluos los comentarios en torno de esta nueva filosofía política que concuerda con ciertos principios de las teorías sindicalistas de Sorel y da una expresión actualizada a algunas teorías de Marx.

Si antes predominó en el mundo la idea religiosa y después la idea política, hoy predomina como base de la vida social la idea de la organización económica. Ingenieros no podía desconocer que las ideas modernas toman ese sesgo y las ha desenvuelto en su estudio majestuoso y sincero.

* * *

Los escritores argentinos agasajaron al Lic. José Vasconcelos, cuando estuvo en la Argentina, con un banquete. José Ingenieros, en un discurso de resonancia, ofrecióle la demostración.

En él Ingenieros dejó establecido el sentimiento general de los escritores argentinos hacia el panamericanismo oficial, y dió, al mismo tiempo, la pauta de la conducta a seguir para combatirlo y llegar a una unión verdadera entre los pueblos de origen latino, para oponerse al avance sistemático que sobre los mismos está realizando Estados Unidos.

Enunció claramente, en su párrafo tercero, los conceptos fundamentales de la "Unión Latino-Americana".

"Creemos—dijo—que nuestras nacionalidades están frente a un dilema de hierro. O entregarse sumisas y alabar la Unión Panamericana (América para los norteamericanos), o prepararse en común a defender su independencia, echando las bases de una "Unión Latino-Americana" (América Latina para los latino-americanos).

Rechazó Ingenieros, por el momento, el plan de confederar directamente los gobiernos latino-americanos, y sostuvo que: "hay que dirigirse primero a los pueblos y formar en ellos una nueva conciencia nacional, ensanchando el concepto y el sentimiento de patria, haciéndolo continental, pues así como del municipio se extendió a la provincia, y de la provincia al estado político, legítimo sería que, alentado por necesidades vitales, se extendiera a una confederación de pueblos, en que cada uno pudiera acentuar y desenvolver sus características propias, dentro de la cooperación y la solidaridad comunes".

Los pueblos de la América Latina serían los encargados de presionar a los gobiernos—una vez hecha "la revolución en los espíritus",—para llevarlos a la creación sucesiva de entidades jurídicas, económicas e intelectuales, de carácter continental, que sirvieran de sólidos cimientos para una ulterior confederación. La unión de los pueblos latino-americanos nos hará fuertes y capaces de afrontar con éxito el avance de los Estados Unidos.

Para formar esa conciencia nueva, o hacer "la revolución en los espíritus", es necesaria—dijo Ingenieros—la fundación de un organismo en todos los países y ciudades, con secciones federadas en una Unión Latino-Americana, con miras a suplir a la Unión Panamericana de Washington".

Ese organismo, lo estableció claramente en su discurso Ingenieros, no debe tener ninguna vinculación con los gobiernos, ni ser una institución oficial, pues ello le quitaría toda libertad de acción y le restaría eficacia.

Las bases o idea madre de la Unión Latino-Americana fueron establecidas por José Ingenieros. El dis-

curso del 11 de Octubre de 1922 es el punto de partida de la actual "Unión Latino-Americana" y del boletín "Renovación".

Para actualizar una de esas bases — formar la nueva conciencia latino-americana, — se fundó "Renovación".

"Renovación" nació inspirada por José Ingenieros, y bajo su influencia se continuó publicando hasta la fundación de la "Unión Latino-Americana". La más activa y desinteresada empresa editorial del continente permitió asegurar la vida de "Renovación", acordándole el principal renglón de su publicidad. El que escribe estas líneas, teniendo en cuenta las ideas expuestas en el recordado discurso, y bajo ulteriores sugerencias de Ingenieros, se encargó de la dirección del boletín. Orzabal Quintana prestó, de inmediato, su valioso y desinteresado concurso a la campaña emprendida desde él.

Las ideas americanistas de Ingenieros y la prédica de "Renovación" hallaron eco en un grupo de intelectuales argentinos, y el 21 de marzo de 1925 quedó fundada la "Unión Latino-Americana", en su sección argentina.

El discurso de Ingenieros es el principio de la campaña latino-americana y, también, la base de los principios de la fundación, o sea, de la "Unión Latino-Americana". Ingenieros fué el verdadero inspirador de ese movimiento americanista que cuajó en la "Unión Latino-Americana".

* * *

José Ingenieros nació el 24 de abril de 1877. Muy joven, pues apenas contaba 15 años, estudió farmacia para poderse costear sus estudios de medicina. Fué lo que se llama un "self made man", pues a sus solos esfuerzos se debió el éxito brillante de su carrera universitaria. Se graduó en medicina en la Universidad de Buenos Aires, en 1900, consagrándose a estudios de patología nerviosa y mental. Fué ese mismo año nombrado director del servicio de Observación de Alienados; los dos años siguientes, es decir, 1902 y 1903, dictó cursos libres en la Facultad de

Medicina, de neuropatología; por concurso, en 1904, ocupó la cátedra de Psicología Experimental. En 1905 representó al país en el Quinto Congreso Internacional de Psicología, celebrado en Roma. En él compartió con Ferri, Lombroso y Sommer la honra de presidir las sesiones de la cuarta sección. Los años 1905 y 1906 los pasó en Europa visitando las principales clínicas y dando conferencias científicas. En 1907 fundó el Instituto de Criminología con su respectiva revista, que es una de las fuentes de información más notables con que han contado, desde entonces, los estudiosos de ciencia penal. La Sociedad Médica Argentina lo eligió presidente el año 1909, y el año siguiente fué designado para igual cargo por la Sociedad de Psicología. Presentado a concurso para optar a la cátedra titular de Medicina Legal en nuestra Facultad, con todos los títulos que academias e instituciones extranjeras le habían acordado a raíz de sus numerosas publicaciones, y haciendo valer todas ellas, fué colocado primero en la terna de dos tercios de votos del consejo directivo de la Facultad de Ciencias Médicas. Las fuerzas conservadoras y clericales que imperaban en el país, representados por el entonces Presidente de la Nación, consiguieron que fuera vetada la candidatura de Ingenieros para la cátedra nombrada, pasando por sobre toda justicia y legalidad. Partió para Europa y permaneció hasta 1914, dedicándose a profundizar sus conocimientos de ciencias naturales en las universidades de Lausana y Heidelberg. A su regreso fue designado profesor titular de Psicología experimental en la Facultad de Filosofía y Letras, y fué vicedecano de la misma; en esa época fundó la célebre "Revista de Filosofía", que dirigía, en estos últimos años, junto con Aníbal Ponce, uno de sus más queridos discípulos. Fué designado, por nuestro gobierno, miembro de la delegación argentina al primer Congreso Científico Panamericano, que tuvo lugar en Washington en 1916, y en 1918 fué elegido miembro de la Academia de Filosofía, presentando el notable trabajo titulado "Proposiciones relativas al porvenir de la Filosofía". Por indicación especial del gobierno francés, fué designado últimamente para representar a nuestro país en las fiestas conmemorativas del

centenario de Charcot, y el gobierno de México lo invitó a visitar la república hermana en calidad de huésped oficial. La muerte le ha sorprendido al mes y medio de su regreso.

* * *

Hombre de acción y pensamiento, amable y sencillo, Ingenieros puso, como hemos visto, sus grandes pasiones al servicio de sus ideales y llegó a realizarlos; se nos presenta a nosotros los jóvenes como el maestro revelador de épocas mejores y de sanos principios; mejor dicho, un compañero mayor y lleno de experiencia que nos ayuda a recorrer el camino arduo de la vida que requiere constancia y voluntad, pues nos conduce a la cima de todos los ideales, a la verdad y a la justicia.

Seres que cumplen esa misión en el mundo, que marcan las grandes evoluciones morales que debe recorrer la humanidad para ser mejor, merecen el bien de su país y el agradecimiento de los pueblos.

Gabriel S. Moreau



Notas Bibliográficas

A manera de nota bibliográfica de los "Estudios sobre la vida de Bolívar" publicados en Pasto por Dn. José Rafael Sañudo, libro que tanto escándalo ha producido en las naciones bolivarianas, publicamos el siguiente artículo, tomado de "El Relator" de Cali.—La bien cortada pluma de nuestro amigo, el Dr. José M. Saavedra Galindo, se emplea noblemente en defensa del más grande de los Americanos cuyas glorias, con ingratitude sin nombre, ha querido oscurecer un escritor americano.

C. de G. y J.

La Vida de Bolívar.—"*Estudios sobre la vida de Bolívar*", es el título del libro en el cual el doctor José Rafael Sañudo analiza, desde el punto de vista de la Ética, la obra del Libertador y fundador de cinco naciones en la América austral. El doctor Sañudo, eminente hijo del departamento colombiano de Nariño, es sobradamente conocido en el estadio de las letras nacionales. Tiene una educación clásica. Ha violado los sellos de los idiomas del Lacio y del sagrado archipiélago. Su pluma es docta, porque, como el insigne pensador francés, "se ha nutrido de raíces griegas". Es un jurisconsulto y un experto tratadista de Derecho Público. Es notable su estudio sobre las cuestiones fronterizas de Colombia con el Ecuador, que glosa el Tratado

de límites de 1916. Es también un erudito y notable historiador. La obra en que vamos a ocuparnos así lo revela, y lo destaca, además, como un clásico escritor. En ella se lee el castellano puro del siglo XVI. Es un hablista.

No conocemos personalmente al doctor Sañudo. Le admiramos su gran valor intelectual; le apreciamos como amigo, y le agradecemos su gentil deferencia con nuestras obras.

Todo el libro del doctor Sañudo, como obra de investigación paciente y concienzuda, como documentación auténtica, rica y jugosa, es magnífico. Pero hallamos sus conclusiones absolutamente falsas y su criterio—deplorablemente desviado—no sólo impropio, sino contraindicado para juzgar al Genio que tiene de presente. En verdad, para juzgar a Bolívar, es preciso saber quiénes fueron Alejandro, Aníbal, César, Washington y Napoleón, sus pares. Es más: el ilustre bolimétrico, Cornelio Hispano (que no se ha caracterizado por un silencio benévolo para con los defectos de nuestro Libertador), en su bella obra —“Bolívar y la posteridad”— que denuncia la pluma de Rodó en Colombia, dice y prueba que Bolívar no sólo es par de aquellos soles, sino que por muchos aspectos les aventaja en genio. Y recuérdese que Hispano fue quien publicó, tomado de los archivos de Caracas, el famoso libro, revelador del héroe íntimo, de Perú de Lacroix.

El doctor Sañudo emplea minuciosas y extensas documentaciones para probar que varios de los subalternos de Bolívar en la gran obra emancipadora tenían cualidades y virtudes superiores a las correspondientes de aquél. Seguramente. Por ejemplo: admitimos que Sucre era mejor técnico militar que Bolívar. Sucre no hubiera hecho la carnicería de indecisa victoria de Bomboná o Alto de Cariaco. Que Santander era superior como legislador y estadista. El organizó la victoria mejor que el Libertador. Que Córdoba le superó como héroe, puesto que nadie en los quince años de batallas de la lucha magna, dió aquella voz de mando de la carga de martillo, que ascendió, como estallido de volcán, de la llanura de Ayacucho al cerro del Cuello del Cóndor. Que Nariño fue más

humilde y más austero, puesto que cedió en silencio su candidatura a la vicepresidencia de Colombia, en el año 21, a Santander. Que Piar y Mariño fueron mejores guerreros en las guerrillas iniciadoras de la libertad de Venezuela; y que Miranda fue mejor diplomático, puesto que el ilustre jefe de la expedición de New York a Coro, creador de nuestra bandera tricolor, llegó a ser el amante de una emperatriz rusa.

Pero Bolívar dió las batallas decisivas. El reunió en sí, en conjunto, todas esas cualidades; fue la síntesis de todo el esfuerzo, como la luz del sol tiene todos los colores que se descomponen en el espectro solar; aunque el azul se vea mejor en la montaña, el verde en la llanura y en el mar, el rojo y el amarillo en el arbol de los crepúsculos, etc. Pero el sol es el padre de todos los colores; y cuando él se apaga, se hace la noche. Y es el padre de la vida. Sin él, muere la vida vegetal y animal en el planeta. Esa misma es la característica del Genio, ser creador. Y eso fue Bolívar: el creador de los elementos que dieron la libertad y la existencia a cinco naciones. Hubo antes y después mejores geógrafos, geólogos y navegantes que Colón; pero Colón fue quien descubrió el mundo americano; su obra es de conjunto global y única, sin fijarse en los ríos, mares, montañas, valles, archipiélagos, golfos, etc., que son tarea inferior. El descubrimiento es el genio, cuya obra tiene estas dos señales: es creadora y es inconsciente. Don Pablo Morillo condensó la historia cuando dijo: Bolívar fue la revolución.

Mas si la comparación de Bolívar con Sucre — “su querido Ney” — y con Santander, y Córdoba, y Nariño, sus gloriosos lugartenientes, es por algunos aspectos tolerable, es de todo punto de vista imposible, es una enormidad, la tesis del doctor Sañudo de que Agualongo es superior a Bolívar, “como patriota y héroe de épica grandeza”. Se necesita valor para decir ésto. En este pasaje de su libro, y en todos aquellos en que llama a Bolívar MENTIROSO, PERJURO, ASESINO, FELON, FALSIFICADOR, TRAIADOR, etc., y en que termina diciendo que “su vida está constituida por un tejido de crímenes”, en estos pasajes decimos, perdió el doctor Sa-

ñudo una bella oportunidad para guardar silencio. Cuando a hombres como Bolívar se les aplican adjetivos de este jaez, se hace aquello siquiera con el donaire del historiador francés, que llamó a Napoleón "salteador de tronos".

Dice el pensador alemán que ante los hechos no hay hipótesis posible. Los héroes granadinos y venezolanos que precedieron o acompañaron a Bolívar, no son superiores a él, porque no hicieron lo que él hizo: cinco naciones, que allí están cantando su gloria, del Monte de Avila al Potosí. "Ninguno es más que otro si no hace más que otro", dijo el doctor Eustaquio Palacios en frase que consideró maestra el doctor Rafael Núñez. Ni Miranda, ni Piar, ni Mariño, ni Sucre, ni Nariño, ni Caldas, ni Torres, ni Santander, ni Córdoba, etc., son superiores a Bolívar, porque si ellos contribuyeron a hacer la independencia, ninguno la hizo totalmente. La hizo Bolívar, y por esto está por encima de todos. Él hizo lo que los demás no pudieron. Ellos son los sumandos, Bolívar es el total.

Tanto es así, que el propio autor de la obra que trata de exhibir a Bolívar como un Pancho Villa colonial, se pregunta, al final, en la página 280: "Pero quizás algún lector diga para sí: si la vida de Bolívar fue tan criminal y éste no tenía las cualidades con que le ha adornado una liviana fantasía, ¿cómo se explica su predominio en los anales de la independencia, de forma que es la figura que se destaca más profundamente en ella?"

El doctor Sañudo contesta cualquier cosa a esta su propia formidable y acusadora pregunta, diciendo que la ignorancia de la Colonia, el medio ambiente, la literatura de relumbrón de Bolívar, etc. Pero es lo cierto que esta pregunta del doctor Sañudo refuta por sí sola su libro. Fuera de que la sola narración que hace éste de los hechos de Bolívar, del hombre que dedicó veinticinco años, un cuarto de siglo, a libertar su patria y a fundar cinco naciones, merece, por lo menos, algún aprecio, algún respeto, o no hay fueros. Porque Bolívar, desde que llegó de Europa a Venezuela, en febrero de 1807, lo confiesa el doctor Sañudo (pág. 5), fue asistiendo a conciliábulos en

asocio de don Andrés Bello “para alzar la bandera de las novedades”. Y desde entonces no hizo otra cosa que luchar por la patria, hasta el 17 de diciembre de 1830, a la una de la tarde.

Todos los hechos anotados por el doctor Sañudo los ejecutó Bolívar. La prisión de Miranda, el fusilamiento de Piar, y otros muchos fusilamientos, exilios, prisiones y confiscaciones. Pero, ¿para qué? Para hacer estados libres de colonias monárquicas. Como dijo José Martí, Bolívar, al morir, dejó una familia de pueblos. Todo eso era necesario para realizar la independencia. Por esto, los “buenos”, los “ingenuos”, los que no engañaban al enemigo, ni sometían los elementos adversos a su paso, cualesquiera que fueran, no pudieron lograr la independencia. Bolívar allanó todo obstáculo. Se le llamó “la cabeza de las dificultades”. Escribía, arengaba, odiaba, amaba, fusilaba, perdonaba, premiaba, castigaba. Era la síntesis de todos los esfuerzos concurrentes de sus admirables colaboradores y del empeño de los pueblos para la obra común: Patria.

Midieron los cascos de su corcel, las cadenas de los Andes. Recorrió de a caballo, varias veces, de Venezuela al Perú y viceversa. Era una tromba enviada por Dios para barrer el régimen colonial. Debía tener y tuvo la luz y la fuerza exterminadora del rayo. Para derribar un régimen colonial de tres siglos, no se lanzan pétalos de rosa a los ejércitos y a los adeptos del rey. Ese régimen es preciso derribarlo a cañonazos, y eso hizo el genio caraqueño.

Rojas Garrido llamó a Bolívar: “un relámpago de siglos”.

¿Sus amores con la bella y genial Manuela Sáenz? Antes el doctor Sañudo sólo cita a esta dama, a quien decimos de paso que Colombia le debe el no haberse manchado con el crimen de matar a Bolívar en la noche septembrina: mancha que no habrían lavado las aguas de los dos mares que la bañan.

A más de su legítima esposa, la noble doña María Teresa del Toro, y de su conocida amante, doña Manuela, Bolívar tuvo a Luisa Crober, la dominicana que lo salvó

del puñal de Kigston; a Teresa de Jesús Aristiguieta, su suave inspiradora y dueña de una de las más bellas cartas del héroe; a Fanny du Villars, la princesa gala, que escribió en cartas amorosas el preámbulo y el epílogo del genio; a la fascinadora Anita Lenoit, que le amó con locura; a Josefina Madrid, que tenía "el aire maligno de mujer y serpiente", y a la bella Isabel, de quien dice la hermosa frase de Ducondray-Holstein, que tenía "una cabellera rubia tan abundante y larga, que habría podido andar sobre ella como sobre una alfombra".

Y qué sabemos de cuántas más. Hay un libro entero que se llama "Amores de Bolívar", de Luis Augusto Cuervo; y allí está "La historia secreta de Bolívar", de Cornelio Hispano. A los hombres les gustan las mujeres, y a los héroes más, porque son super-hombres. Bolívar era un héroe, y la mujer es uno de los ricos dones con que la gloria premia a sus conquistadores.

No puede aplicarse a los super-hombres el criterio desnudo de la Ética, al juzgar sus obras. Sus defectos son tan grandes como sus cualidades, y los medios adecuados a la grandeza de sus obras. "Nada simpático nos parece quien no pecó nunca, quien jamás erró, ni alguna vez se arrepintió o se contradujo, cosas tan propias de los míseros mortales", dice insuperablemente Hispano.

Esos defectos los borra el tiempo, y deja sólo sus cualidades fundadoras y transformadoras, convertidas en bronce y en mármoles y en perpetuos himnos de alabanza de los pueblos redimidos por ellas. El tiempo hace con la obra de los semidioses el oficio del cincel, quitar al bloque lo que le sobra para ser estatua; y el del fundidor: plasmar la masa informe del bronce en la figuración de la estatua.

Que la batalla de Boyacá fue sólo un "asalto"? Bien, y que? Con cualquier nombre que le dé la gramática militar, fue un hecho de armas que derribó una corona real en la Nueva Granada, y puso las bases para la liberación del Ecuador y del Perú.

¿Que Junín fue "un encuentro"? ¿Y qué importa? Desmoralizó el ejército de Canterac, le hizo perder dos mil hombres de sus floridas fuerzas, y fue el exordio de la

batalla de Ayacucho. Además, el doctor Sañudo, siguiendo a los historiadores realistas de la época, como el parte del propio Canterac al Virrey, y como las Memorias de García Camba, empujando el triunfo de Junín, en el cual no hubo derrota preliminar, como lo dicen aquellos parciales, sino el empleo de la táctica llanera, de romper la línea adversa, darse en simulada derrota, y, luégo, volver caras al enemigo, en combates singulares, de uno contra 2, 4, 6 y aún 10, manejando la lanza con las dos manos, porque el llanero dirigía el caballo con presiones de los nudos de las rodillas, y “mojando” apenas la lanza, para herir con rapidez, según la expresión de Páez, el supremo maestro de esta arma. Pues no hay que olvidar que los lanceros patriotas de Junín fueron los mismos del Apure; los formidables llaneros, el choque de Junín y su victoria, lo dieron los Granaderos de la Guardia Colombiana. Esto sin contar con la imprudente carrera de los caballos de Canterac (magníficos caballos chilenos, cuidados con alfalfa un año), que los ahogó la pampa de Junín (cuatro mil metros sobre el nivel del mar); mientras los jinetes patriotas esperaron tranquilos y frescos, “como estatuas”, la acometida de los realistas.

¿Con que un “encuentro” de tres al cuarto, Junín? En cambio, Junín fue llamado por Pombo en las Memorias de López: “El silogismo de las lanzas”.

Al Genio no se le impone reglas. El Genio las da. Como obraron Bolívar y Napoleón, Pasteur y Newton, así es.

Para denigrar a Bolívar, el doctor Sañudo dice que los pueblos le huían aterrorizados a su llegada a las poblaciones, como refiere que aconteció una vez en Caracas, cual si fuera un vándalo; y para desacreditar la batalla de Boyacá, dice que allí no hubo mayor gracia, porque todos los pueblos salían a ofrecerle personas y bienes a Bolívar, a punto que Tunja parecía más una feria que un campamento en vísperas de la batalla. ¿En qué quedamos? ¿Salían los pueblos a encontrarlo, con los brazos abiertos, o le huían como a un bárbaro? ¿Era Bolívar Mesías o era Atíla?

Si Bolívar es un "perjuro", porque faltó a todos los juramentos de fidelidad al rey, fue leal con uno que cumplió toda su vida: el que hizo en el Monte Sacro, de no dar descanso a su brazo, ni reposo a su espíritu hasta que no libertara a su patria.

Bolívar no fue un "intruso" al abrir la campaña libertadora del Perú. Cuatro mensajes recibió del Perú, arrodillándose literalmente, para que fuera a libertarlo. El primer mensaje lo hizo el Presidente Riva Agüero, enviando como comisionado a Guayaquil, al general Portocarrero, el 27 de febrero de 1823. El segundo lo llevaron a Guayaquil, en nombre del presidente del Perú, el Marqués de Villafuerte y el Coronel J. Francisco de Mendoza. El tercero lo llevó Olmedo, antiguo presidente de la junta de Guayaquil, y a la sazón miembro del congreso peruano, nada menos que el futuro cautor de Juujín. Y el cuarto, lo llevó el edecán del Marqués de Torre-Tagle, que ya había sucedido a Riva-Agüero en la presidencia del Perú,

O'Leary, a quien dice el doctor Sañudo que ha consultado para su obra, trae los textos de estos mensajes y discursos, que inspiran compasión por el estado del Perú entonces, y que dan la idea clara de que Bolívar y su ejército colombiano crearon, textualmente, las naciones del Perú y Bolivia.

Finalmente, es peregrina la tesis de que se necesita permiso de alguien para libertar a un pueblo. El Libertador obra en nombre de los derechos inmanentes de la especie humana. Pero da la casualidad que Bolívar sí obtuvo un permiso para la invasión emancipadora del Perú, el que le dió el congreso de la Gran Colombia.

El libro del doctor Sañudo se resiente de un crudo y anacrónico realismo. Se deshace en alabanzas para el ejército realista, y aminora las hazañas del ejército patriota capitaneado por Bolívar. Dice que en Carabobo brilló el valor de Páez y el heroísmo de Latorre. Bolívar, nada. El vencedor en el combate, nada. Llega el doctor Sañudo a decir que más obras de progreso le hizo la Colonia a Naríño, que le ha hecho la República. Sople

el apagado odio de Pasto a Bolívar, y le hace respirar ahora a la republicana ciudad un ambiente colonial.

El doctor Sañudo puede decir todo esto y más de la república. Si hubiera escrito en la Colonia, le decomisau el libro, le confiscan la imprenta, y le destierran como a Nariño cuando tradujo y publicó en Santa Fe "Los Derechos del hombre y del ciudadano".

Dos capítulos tiene admirables este libro: el referente a la obra de Bolívar en la Constitución boliviana, en 1826, y el estudio del proyecto de Monarquía del Ministerio colombiano en 1829. Son estudios estupendos de investigación y de criterio histórico. Y lo curioso es que en ellos es en los que menos ataca los errores de Bolívar. Son dos capítulos de historia.

Mas, aún en estos desvíos y errores del grande hombre, precisa recordar que Bolívar llegó en el Perú a la cumbre de la gloria, a donde no llegó otro hombre, jamás en su esfera. Bolívar entonces fue el hombre más grande de su edad; que Lima, fue para él una Capua, como la de Aníbal; que allí lo envaneció el mundo político y social a tal punto, que en las misas de acción de gracias, se le cantaba entre la epístola y el evangelio, un cántico religioso que principia así: "De tí viene todo lo bueno, Señor. Nos diste a Bolívar, gloria a tí, gran Dios", etc. Fuera de honores de todo orden y cuantía y de manifestaciones sociales de un lujo oriental

En el año 29, Bolívar era un enfermo, deprimido, triste, indeciso, mermado deplorablemente por la tuberculosis y por el golpe parricida de los puñales septembrinos del año 28. Es preciso juzgarlo pesando esta circunstancia de singular valor.

Coincidimos con el doctor Sañudo en dar a Santander la gloria de haber señalado la ruta de la campaña de Boyacá, él en su libro, y nosotros en el nuestro: "Colombia Libertadora".

El denso libro del doctor Sañudo requiere un volumen para analizarlo y contestarlo. Estos breves apuntes son estrechos para juzgarlo a espacio. En síntesis, nosotros deploramos que el talento y la vasta ilustración del doctor Sañudo se hayan empleado en esta vez en la obra

ingrata e inútil de pretender derribar la gloria inmensa de Bolívar, del cual se ha dicho con verdad que “la palabra vuela causada para expresar lo que fue”.

El libro del doctor Sañudo, que presenta a Bolívar como un miserable, ha nacido muerto, porque el tiempo, “el gran nivelador de todo”, comprueba cada día la honda verdad que encierra la profecía del humilde sacerdote Choquehuanca,, cura de Pucará:

“Libertador! Con los siglos crecerá vuestra gloria como crecen las sombras cuando el sol declina”.

José M. Saavedra Galindo.

El Callao Heróico.—*Por el general Eleazar López Contreras.*—181 páginas.—24 ilustraciones.—*Litografía del Comercio.*—Caracas, 1926.

El autor de esta obra histórica es un militar de larga y brillante carrera, muy apreciado en el Ejército y en la sociedad de Caracas por su rectitud, urbanidad e inteligencia. Su sencillez y el amor a su carrera le inclinan al estudio del pasado de su patria, por lo mismo que el guerrero venezolano recorrió— en épica marcha de triunfos— más llanuras y montañas que Alejandro y sus falanges macedónicas.

Con íntima satisfacción he leído, pues, el libro del general López Contreras, en cuyas páginas se ve la pluma del soldado, del técnico que presta más interés a la concatenación de la lucha que al carácter episódico de la misma.

De la sinópsis que el autor dedica a las fortificaciones españolas en América, se sigue a un estudio esquemático de los ejércitos patriotas que con Bolívar al norte y con San Martín al Sur, venían bregando por dar al traste con el dominio de España. Es en estos capítulos donde el general López Contreras se revela profundo conocedor de

la historia y apto para narrar las causas que determinaron la negativa de Rodil y el consiguiente y largo sitio del Callao.

Precisa recordar que la síntesis es cosa muy difícil en el género histórico. Por lo mismo que la veracidad se afirma a fuerza de documentos y de narraciones generalmente imprescindibles, la reducción del tema desfigura, muchas veces, los hechos que se anhela afirmar.

Desde que San Martín se retira del Perú, negado por jefes como Lord Cochrane, y por los generales argentinos Las Heras, Lavalle y Alvarado; desde que Torre - Tagle, Riva Agüero y Berindoaga traicionan la causa de la libertad, culminando el delito en la doble traición de los sargentos Moyano y Olivo; desde que Bolívar abre su maravillosa campaña de la sierra, puede decirse que comienza, desde ese momento, el duro y largo sitio del Callao. Vemos que a raíz del triunfo de Junín dispuso el Libertador que el coronel Luis Urdaneta amagase los bastiones del Callao, hasta poder formalizar debidamente el sitio con las tropas colombianas que venían al Perú comandadas por el general Valero. El joven Urdaneta, prócer de Guayaquil; que había de pagar más tarde, en el cadalso santanderista de Panamá, su afecto por Bolívar, excedióse en sus poderes y presentó batalla en La Legua, donde la guarnición del Callao le infligió el 3 de noviembre de 1824, una amarga derrota. Este desgraciado suceso dió al genio de América la clave de la resistencia futura, y puede decirse que desde ese día trazó sus planes para el formal asedio del Callao, operación que le precisaba confiar a tropas colombianas, aguerridas en los sitios de Cartagena y Puerto Cabello, a tropas incapaces de tolerar en su seno traidores como los sargentos Moyano y Olivo.

Ganada la batalla de Ayacucho, "cumbre de la gloria americana" la entrega de las Fortalezas del Callao quedó estipulada en la Capitulación que firmó el Virrey del Perú, don José de Laserna. Pero aquí viene lo bueno, porque aquí es donde se cumple la previsión de Bolívar. El general José Ramón Rodil, Gobernador del Callao y Jefe de las Fortalezas, declaró, con arrogancia propia del Cid Campeador, que él no capitulaba porque no era de los derrota-

dos en Ayacucho! Rodil se veía fuerte, con municiones y víveres para más de un año; con regular escuadra española capitaneada por los poderosos navíos "Asia" y "Aquiles"; en contacto con los españoles, amos del sur de Chile: dueño de la plaza más fuerte del Pacífico, situada en un país eminentemente realista, y muy seguro de que el brigadier Baldomero Espartero llegaría al Perú, en pocos meses, con una expedición de 10.000 hombres.

Bolívar, el vidente de Jamaica, columbró todas estas expectativas del general Rodil; calculó sitio saugriento para más de un año, y en el acto hizo venir al Perú, al Jefe del Departamento de Guayaquil, al austero y valiente venezolano, general Bartolomé Salom, a quien confió el asedio de las Fortalezas del Callao.

Bartolomé Salom, hijo insigne de Puerto Cabello, es uno de los más grandes soldados de la libertad americana. El forma, con Sucre y Rafael Urdaneta, el triángulo de virtudes sobre el que se alza, para admiración de los siglos, el acervo histórico de Simón Bolívar. Valiente, virtuoso, modesto, desprendido y leal, así vieron vivir, más tarde, las desatadas ambiciones, al Benemérito General Bartolomé Salom, Vencedor del Callao. Sólo le tentó la libertad de su patria y sólo ambicionó la independencia de América. En su vida no escuchó a otras sirenas que a las dianas de la gloria.

Quisiera salirme de esta nota bibliográfica y describir, con cariño y admiración, la estructura moral de este gran venezolano, que en mala hora salió del Ecuador, donde con Sucre y Pedro Gual, pudo talvez imprimir noble rumbo de virtudes a una tierra que él supo amar con sinceridad.

En "El Callao Heróico" de mi apreciado amigo, el general López Contreras, está narrado con sinceridad y precisión, el largo sitio del Callao, en cuyas diarias incidencias sobresalen el talento y la tenacidad del general Salom. Abunda el asedio en combates singulares, donde leones como Lucas Carvajal y José Camacaro son Patroclos bajo los muros de la Troya americana. En el mes de Agosto de 1825 el general Salom celebra, bajo el fuego de las Fortalezas, los aniversarios de las victorias de Boyacá y

Juán. Al saberlo, Bolívar le escribe estas hermosas palabras: "Dichoso usted que presidió ese festín digno de los campos troyanos".

Aunque el valiente Rodil había tomado sus medidas para prolongar todo lo posible la resistencia, llegó el momento en que los sitiados tuvieron que comer perros, gatos, ratones y cuanta sabandija caía por sus manos. El escorbuto azotaba los bastiones del Real Felipe y víctimas de este mal habían muerto el traidor Marqués de Torre Tagle y muchos otros peruanos realistas. Al enterarse el general Salom de las penurias de los sitiados, escribió a Rodil manifestándole que por humanidad se rindiera a las tropas libertadoras, Rodil contestó más bien con grosería que con arrogancia, por lo que Salom escribió a Bolívar pidiéndole plena autorización para castigar al jefe español, así que las Fortalezas cayesen en manos de los sitiadores. Este incidente sirvió de ocasión para revelar, una vez más, el alma grande y noble del Libertador, quien en contestación a Salom le dijo lo siguiente, digno de grabarse en bronce: "El heroísmo no merece castigo, y al vencedor le sienta muy bien la generosidad".

La resistencia hispánica hubo de doblarse ante la tenacidad de Bartolomé Salom. Nada pudieron, contra este gran soldado, ni la diaria lucha, ni la perpetua vigilia, ni los mil disgustos que culminaron en el desafío a que quiso arrastrarle el general Figueredo. Salom entró a las Fortalezas del Callao el 23 de enero de 1826, concediendo a los valientes sitiados honores dignos de su larga resistencia.

He dicho que la obra del general López Contreras es la de un técnico. Abundan los planos que explican el desarrollo de las operaciones. La documentación es valiosa y bien ordenada; las citas, justas y oportunas; y plenos de hermosura heroica presenta los cuadros de las bajas, que corresponden casi todas a los hijos de Venezuela, Colombia y Ecuador, verdaderos libertadores de la bella Nación Peruana.

V. H. Escala.

Notas de actualidad

Publicaciones de la Biblioteca Nacional.—Esta Biblioteca, con el deseo de ayudar a los escritores jóvenes, ha principiado una serie de publicaciones de obras literarias de corta extensión. Con ello se propone hacer conocer, dentro y fuera del país, los nuevos valores intelectuales del Ecuador. Ha iniciado la serie con el libro «Guirnalda del Silencio» del poeta Jorge Carrera Andrade.

No es este el lugar más apropiado para juzgar la obra de Carrera; el hacerlo querría decir un intento de justificación del libro elegido para la publicación. Baste decir que es el autor de estos poemas uno de los mejores exponentes de la nueva escuela literaria, derivada de Francis James, entre nosotros.

De la correspondencia de la Biblioteca Nacional.—Ha tomado posesión del cargo de Director de la Biblioteca y del Archivo del Estado de Pará (Brasil), sita en Belem, el señor Antenor Cavalcanti.

Nuestra América.—Esta tan simpática revista, suspendida algo como dos años, ha vuelto a aparecer, en Buenos Aires. Su Director, el señor Enrique Stefanini, merece toda clase de calurosas felicitaciones por su labor en pro

de la difusión de la cultura en nuestro continente. A las muchas que habrá recibido, se une la de la Biblioteca Nacional Ecuatoriana.

Academia Nacional de Historia (Ecuador).—Esta docta Corporación, en cumplimiento de sus estatutos, ha elegido el siguiente directorio para 1926:

Director: Dn. J. Jijón y Caamaño,
Subdirector: Dr. Dn. Homero Viteri Lafronte,
Secretario: Dn. C. de Gaugotena y Jijón,
Bibliotecario: Dn. Isaac J. Barrera. y
Tesorero: Dn. Celiano Monge.

Algo sobre Cantuña.—El P. Juan de Velasco, en su tan discutida Historia del Reino de Quito, nos cuenta (Tomo III, p. 62), la curiosa leyenda de Francisco Cantuña, el constructor de la capilla franciscana que lleva su nombre. Sienta Velasco como fecha de la muerte del célebre indio el año 1574.

El hallazgo que se acaba de hacer, en los claustros del Convento de San Francisco de Quito, de la lápida sepulcral de Francisco Cantuña, viene a desmentir la fecha sentada por Velasco, y a restar buena parte de la fe que se podía conceder al relato del encuentro de los tesoros escondidos del Inca, que sirvieron primero para salvar de la ruina al Capitán Hernán Suárez, y luego para edificar la capilla.

Además el relato de Velasco es pueril. Si Cantuña, para explicar el origen de su súbita riqueza, dice ante las autoridades de esa época que tenía hecho pacto con el diablo, vaya, si lo queman! Por menos mataron a otros!

No es concebible, además, que se le pusiera lápida a la sepultura de Cantuña *a los 95 años de muerto*. Ni que tardara un siglo la construcción de la iglesia de su nombre.

La lápida sepulcral lleva fecha de 1669, concordando con la que también ostenta el altar de la impresión de las llagas de San Francisco, en la mentada Capilla.



LOZA FUNERARIA DE FRANCISCO CANTUÑA

Es indudable que esta piedra ha sido trasladada de la Capilla de Cantuña—probablemente cuando se la entarimó—a San Francisco. Primitivamente ha debido estar sobre el sepulcro del fundador, en la capilla de su nombre, al pie del altar que he mencionado. Hoy se encuentra esta loza empotrada en una pared del claustro principal del Convento de San Francisco de Quito.

C. de G.

Los restos de la Libertadora.—La figura de la linda quiteña, que supo aprisionar en sus amorosas redes el heroico corazón de Bolívar, me interesó siempre. He buscado con toda prolijidad su fé de bautismo, y su partida de matrimonio con el médico Thorne. No he tenido la suerte de encontrar ninguno de estos dos documentos. Del primero se comprende, pues doña Manuela no fué hija de legítimo matrimonio. El segundo no se encuentra en Quito: sin duda no casó en una parroquia urbana de la Capital. Y ni en la diócesis, talvez, pues no se halla noticia de este matrimonio en el Archivo de la Curia Metropolitana de Quito.

Quedaba averiguar por los restos mortales de la amante del Libertador. Como es sabido, doña Manuela Sáenz murió en Paita. Valiéndome de la benevolencia de mi amigo, el Sr. Víctor A. Checa, de Piura, he podido alcanzar los datos que se verán. Nada queda sino la memoria de la «Libertadora del Libertador.»

El Sr. Checa, con diligencia que me es satisfactorio agradecer, me ha remitido la siguiente carta a él dirigida por el alcalde de Paita:

Paita, Agosto 14 de 1925

Señor Victor A. Checa

Sojo

Mi estimado amigo:

.....
Con respecto a su encargo, le digo: que el compadre de la Sra. Manuela Sáenz, José María Orejuela (a) Mori-

to, fué el que se encargó de trasladar los restos de esta señora del cementerio antiguo al nuevo, el 1º de Enero de 1871. porque eran muy amigos. Morito tomó los restos y los puso en una fosa que hizo para poner ahí a tres de sus hijos, sin hacer diferencia de restos, todos en un solo montón. Después de esto, Morito murió en 1873, y él y 11 hijos que dejó y que han muerto, se han depositado en la misma fosa, por encargo del padre de ellos. Como Ud. ve, no se podrá distinguir los restos de la Sra. Manuela Sáenz. Estos datos me los ha dado la única hija de Morito, que todavía existe.

Su atto. amigo y SS.

R. L. GUIDINO.

Pobre Doña Manuelita ;*Sic transit gloria mundi!*
¡La fosa común!

C. de G.

Una exposición de Arte Ecuatoriano en París.—En el Nº 1 de la Revue Mensuelle de la Association Paris—Amérique Latine, encontramos los siguientes párrafos, interesantes para el lector ecuatoriano.—Los traducimos del francés.

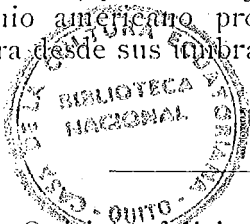
EL PINTOR CAMILO EGAS

Nuestro amigo el pintor Egas, antes de su partida al Ecuador, se ha dignado obsequiar a la "Revue du Bureau de Propagande de l'Association Paris Amérique Latine" uno de sus más característicos dibujos de indios.

El gran talento del pintor Egas fue revelado a la crítica parisiense el año pasado, en una exposición celebrada en el Museo Galliera.—Damos aquí las apreciaciones del Sr. Dn. Gonzalo Zaldumbide, Ministro del Ecuador en Francia y del Sr. Dn. Ventura García Calderón, sobre la obra apasionante y evocadora del pintor de las razas autóctonas de la América del Sur.

Camilo Egas nos ha enseñado a ver a nuestros indios. Ha devuelto al poncho su antigua nobleza autóctona, y a la figura hermética de la raza deposeída, su real valor expresivo. Antes de él, sólo algunos poetas de la Sierra trataron de revelarnos el oscuro encanto de los vencidos, descifrando el suspiro de su llorosa flauta en la soledad de los Andes, dramatizando el paisaje con la furtiva huída hacia la nada de los sobrevivientes de un abolengo cercano a su fin.—En su silueta que se humilla hacia el ingrato suelo, encorbada bajo el poncho que el viento levanta, como suscitando, en alas rotas, vanas ansias de vuelo, no sabíamos ver sino el aspecto de una triste desesperanza.—Era preciso que un pintor, armado de una nueva visión, volviera a dar color y vida a su antigua belleza desconocida, y, apartándose de lo superficial, anecdótico o sentimental, revelara lo esencial.

Hélo aquí. Inquieto, nervioso, como que quisiera siempre estar en otro sitio, como que se buscara a él mismo en todas partes, hizo alto en París. Ha caído en cuenta que allá, en los desolados páramos existía una belleza inédita, que sólo de aquí se veía bien, y se ha puesto a pintar, sacándola de su corazón y de su espíritu, más que de su memoria, la profunda realidad que transfiguraba su pincel mágico. Egas ha cambiado de manera, pero no de alma. Es siempre el mismo, pero de hoy más, reina como maestro en un dominio americano propio suyo, dominio que aquí nos muestra desde sus umbrales.



G. Zaldumbide

¿Qué diré? Quisiera felicitar a Camilo Egas, porque no ha enseñado al público de Europa, como muchos americanos, una ninfa emocionada del parque de Versalles o sátiros de una selva civilizada. Cuando nosotros tenemos la manía de la sutileza, Egas exhibe escandalosamente y con la mas cínica impudencia indios y mas indios, "Gau-chos? No los hay en la Argentina", me decía el director de un gran diario de Buenos Aires. Y hubo diplomático

uruguayo que se indignó de que uno de sus compatriotas exhibiera, en París, cuadros de negros!

No hay que alarmarse. Los gauchos se presentan muchas veces de frac, y yo he visto en Panamá negras que llevaban sombreros de la Rue de la Paix. Es sensible. Durante un siglo entero, hemos querido tomarlo todo en Europa: el código Napoleón, los sombreros de pelo de seda, los derechos del hombre, el corset, el positivismo, el frac y las ideas igualitarias. Poco a poco hemos sentido vergüenza de nuestras Vírgenes con siete espadas, del disfraz árabe de nuestras mujeres, de nuestros tangos, o de nuestras *marineras*, del tío Tom y del sobrino Chac-tas, de todo lo que constituía, en suma, nuestra extraordinaria originalidad.

Pero, como no hemos sabido matar a nuestros indios sino con el alcohol de caña (en Estados Unidos usan métodos más violentos) ellos, aún se están allí, al rededor de nosotros, y talvez dentro de nosotros mismos, bajo nuestro pigmento apócrifo de hombres blancos. Allí se están, con su fisonomía de natividad eterna, con sus gestos de vidrieras, con sus palabras congeladas en el silencio de las altas latitudes, con sus bailes alegres de los funerales y con sus desgarradoras flautas de las fiestas.

Gracias, Camilo Egas, por haber comprendido que nosotros no podíamos interesar al mundo sino en función de estos humildes hermanos. La máquina de coser y el cubismo, y lo demás nos ha llegado por correo. Nosotros hemos fabricado solos el tambor de cuero de mono y la flauta de carizo salvaje. Es este inventario de la vida americana lo que ha establecido Ud., Camilo Egas, con feliz talento de quien nació pintor. Después de haber estudiado bellas artes en su país, el Ecuador, Ud. vino a las tierras latinas de Europa, para mostrar las caras oscuras, bajo los humildes sombreros de fieltro, el chagra y su compañera que baila, la alegría triste de nuestras soledades bajo el más bello sol del mundo. París se lo agradecerá, seguramente. La ciudad loca gustó siempre ir, como su poeta, «al fondo de lo desconocido para encontrar lo nuevo».

Ventura García Calderón